

**CON LA SEGUNDA BANDERA
EN EL FRENTE DE ARAGÓN**



FRANCISCO CAVERO Y CAVERO

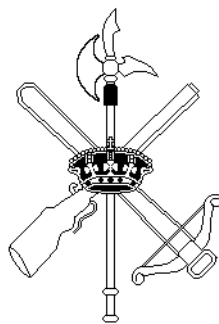
CON LA SEGUNDA BANDERA
EN EL FRENTE DE ARAGÓN

CON LA SEGUNDA BANDERA EN EL FRENTE DE ARAGÓN

(MEMORIAS DE UN ALFÉREZ PROVISIONAL)

POR

FRANCISCO CAVERO Y CAVERO



ZARAGOZA
EDITORIAL HERALDO DE ARAGÓN. Coso, 100
1938

SALULDO A FRANCO:

¡ARRIBA ESPAÑA!

ZARAGOZA, 1938. — II AÑO TRIUNFAL

*A los que viven en la Bandera;
y a los muertos que viven en la
inmortalidad.*

EL AUTOR

AL LECTOR

Amigo que lees estas páginas, quiero hacerte una advertencia.

No esperes encontrar una novela de guerra al tipo clásico.

Esto no es una novela por dos razones.

Primera: porque es un relato de hechos rigurosamente ciertos. Tal vez haya restado valor a la narración, pero verás en ella lo que yo vi con mis propios ojos.

Segunda razón: porque, contra lo tradicional en tales novelas, yo no condeno la guerra. Reconozco que tiene sus molestias pero se compensan sobradamente.

Tampoco esperes que el protagonista muera. El protagonista soy yo; y gracias a Dios estoy vivo, aunque ligeramente enfermo. Enfermedad que aprovecho para hilvanar estas cuartillas. Luego, Dios dirá; tal vez pueda escribir otro libro.

Y si a la sucesión de hechos, he añadido algún comentario, discúlpalo; es hijo de mi entusiasmo y de mi carácter de español que abandonó todo lo que más quería en el mundo, para acudir a la llamada de su Patria en peligro.

Yo no fuí a la guerra para conquistar honores. Pero, por lo menos en este periodo que queda condensado en mis cuartillas, he ganado el mayor que a que podía aspirar. He estado ocho meses CON LA SEGUNDA BANDERA EN EL FRENTE DE ARAGÓN.

Aragón ya sabe lo que eso representa; quiero que toda España lo sepa. Por eso te invito, lector amigo, a que pases a la página siguiente.

I DE MADRID A ARAGÓN

El día 27 de marzo de 1937, en el Plantío, recibía orden, la Octava Bandera de la Legión, de trasladarse a Casa Gozquez. Al mismo tiempo llegó un oficio del coronel Tella (ascendido por aquel entonces) destinándome a la Segunda Bandera, junto con el pasaporte para que pudiera incorporarme a Zaragoza.

El capitán Obeso (muerto gloriosamente en Brunete) me rogó que no me despidiese de aquella bandera, donde por primera vez, bajo los cielos madrileños, lucí mi estrella de oficial, hasta después de terminado el relevo.

A mediodía comenzó el trajín. Cargar las cocinas, las ametralladoras, los morteros, las bombas, las cajas de municiones; toda la impedimenta que lleva a su cargo la “Sección de trabajos”, como se llama oficialmente (o la “Pelota”, sí prefieres el argot de la Legión). Armamento y munición suficiente para desarrollar un combate no muy largo; precaución esta, que es base de muchos de los éxitos de la Legión.

Luego, la concentración de la fuerza. Los camiones nos esperaban en la que fué magnífica casa de Oriol, entre pinos y con salida a barrancos desfilados. Sin embargo, los rojillos tenían, sin duda, un observatorio, porque cuando las compañías y secciones nos retirábamos de puntillas, dejando nuestro lugar a un batallón de Infantería, nos acompañó desde el mismo momento en que iniciamos el cruce de la carretera de La Coruña, una lluvia de obuses del doce cuarenta (“una menos veinte”, en el argot del frente). Esas molestísimas granadas que explotaban por todas partes, y que al reventar parecen dejar en libertad un ciento de gatos cada una.

Mejor. Así, “relevar más aprisa”, comentaba Jamet-ben-Allah, el sargento moro de mi sección, que me acompañaba siempre, con su “fusila” (el cerrojo más pulido de la compañía) colgada invariablemente sobre su capote requisado, bajo el cual asomaban las botas también requisadas, que dificultando su andar le daban un pintoresco aspecto de marinero desembarcado.

Cada cañonazo, tenía como eco un “más deprisa y abrirse”; pero afortunadamente no hubo que lamentar bajas, y cuando la Bandera se reunió al pie de aquel soberbio edificio, que a mi juicio y sin ofender al arquitecto, está arrancado de una película americana, enmudecieron los cañones.

Luego; horas, camiones... Creo que con estas dos palabras, convenientemente barajadas, se puede definir exactamente un relevo en el frente de Madrid. Recuerdo un pequeño suceso.

Eran las dos de la madrugada y aun rodaba caminos madrileños el camión de mi sección. Yo dormitaba en el baquet cuando se detuvo; el conductor se apeó y hurgaba sin resultado el motor, alumbrado por los haces de luz de los otros camiones que nos adelantaban. Al fin se dirigió a mí: “Se ha descargado la nodriza —me dijo— si tuvieran ustedes algo de gasolina la rellenaría”.

Interrumpiendo mi sueño, recordé que todos los legionarios iban provistos de una botellita del inflamable líquido, que sirve de antitanque a los españoles. Sacudiéndolos, para despertarlos, pedí a los más próximos su dotación; de entre capotes y mantas, entre bostezos y alguna palabrota, surgieron tres de ellas, que a tientas vertió el conductor en el cilindro metálico. Pero cuando ocupó su puesto y cerró en alegre portazo, diciendo ese “ya está” de todos los mecánicos, fueron inútiles sus esfuerzos. Durante diez minutos el run-run del motor de arranque.

Al final se apeó, volviendo a destapar el capot. Metió las manos en la nodriza y cuando por casualidad olió uno de sus dedos, las palabrotas fueron ya de las que ofenden a oídos medianamente educados.

Acercó una mano a la mínima parte de mi nariz que emergía del capote, y coreé (con más suavidad, es cierto) sus palabrotas. Apestaba a aguardiente; y aguardiente llenaba las panzas de todas aquellas botellas, destinadas a cazar tanques rusos.

Me reí de buena gana y no dije nada a los legionarios. Allá en el interior del camión se modulaba una sinfonía de ronquidos.

Habíamos dormido un par de horas en el almacén de Intendencia de Casa Gozquez, donde las pilas de sacos vacíos nos brindaron un mullido lecho.

Había llegado el momento de despedirme, y empezaron los apretones de manos y los deseos de buena fortuna. Cuando me encontré al teniente que mandaba la Veintinueve Compañía, le pedí que me dejara traer conmigo a Demetrio, el fiel asistente que llevaba ya más de un mes trasladando el colchón y algunas mantas de mi propiedad, por todos los suburbios madrileños. El teniente García-Alegre se negó en rotundo; le faltaban hombres en la compañía.

Y así después de saludar a Obeso (por última vez), a Usaletti, Liebana, Von Cheveko, Lanza, Fuentes, González, Fernández, Gil de la Vega, Noriega..., todos aquellos que habíamos compartido mi “guerra en Madrid”, tuve que despedirme también de Demetrio.

Fué una despedida triste; y cuando arrancó el coche que me llevaba a Getafe, y se quedó en la carretera, lo sentí mucho. Por eso cuando el

coronel Tella —pelo canoso sobre ojos vivísimos— me autorizó para traerlo, decidí volver a por él, sin tardanza.

Otra vez a la aventura del transporte militar. Un camión salía para Fuenlabrada; allí encontré otro que me dejó en Valdemoro, y desde Valdemoro a Casa Gozquez, como un señorito, en el “ligero” de una batería de Artillería.

Cuando llegué, estaba formando la Bandera para salir hacia su nuevo destino. Antes que yo a él me vió Demetrio; y saliendo de filas vino corriendo a mi encuentro. Una sola mirada le bastó para comprender que se venía conmigo; y un minuto después, con el colchón y las mantas a cuestas, me estaba guardando un puesto en un camión de requetés que salía para Leganés.

El viaje en aquel camión tenía algo de epopeya de las carreteras. El conductor era un muchacho de origen mejicano y requeté de corazón, y su ayudante un galaico que enseguida trabó conversación con Demetrio en su común dialecto, con tal ternura de dicción que no parecía sino un prado con sus “vaquiñas” y todo, iba a asomar por su boca de un momento a otro.

Pero, desde luego ni el mejicano ni el gallego tenían idea del arte de Sir Malcom Campbell, y así; tras de dejarnos el toldo en un árbol, arrojar brutalmente de la carretera a un inofensivo “balilla” y perdonar magnánimamente la vida a varios morazos que se plantaban en medio de la carretera para pedir plaza; a las nueve de la noche, a faros apagados y entre una regular llovizna, nos despedíamos de los milagrosos mecánicos en la estación de Leganés.

Llovía, como digo, y el tren no salía hasta las once del día siguiente. Y como “sabíamos manera”, decidimos instalarnos a dormir en el mismo coche que había de traquetearnos hasta Plasencia. Ocupamos un departamento, y Demetrio hizo una excursión al pueblo. A la media hora volvía con todas estas cosas imprescindibles. Una vela, una lata de atún, dos panes, algo de chorizo y cuatro huevos duros.

Y así pasamos una noche, la más tranquila de todo mi frente de Madrid, mientras llovía si Dios tenía de qué.

* * *

La Segunda Bandera actuaba, según mis noticias, en el frente de Aragón. La primera vez que había yo visto auténticos legionarios, fué en la Sierra de Alcubierre, cuando se acababa de ocupar y yo era un simple chofer (algo mejor que el mejicano requeté, modestia aparte) que aquel día tuvo el honor de conducir al general Urrutia —entonces teniente coronel— hasta aquellas avanzadas.

Recordaba el tiroteo constante que percibí desde el puesto de mando, y tanto como el silbar de las balas aquel vozarrón —muestra de trueno y sirena de vapor— de un hombre que entonces era teniente y ahora es el capitán Marra. Recordaba también la teoría de heridos y algún muerto que desfiló ante mí aquella tarde; por algo cantaban los legionarios

En la sierra de Alcubierre,
hay una fuente que mana
sangre de los legionarios,
que murieron por España.

Y recordaba haber oído hazañas en Huesca. El cementerio, la casa de Pascualín, el Manicomio; toda una serie de operaciones, que habían cubierto de gloria a los banderines de las compañías y regado de sangre todos los alrededores de la invencible Huesca.

Alguna vez, había estado en un bar, inmediato a un sargento de la Bandera —botas relucientes como espejos— y había oído algo “de lo de Irún”.

Por eso estaba orgulloso de mi destino, durante los tres o cuatro días en que peregriné por tierras extremeñas y castellanas, rumbo a mi Aragón, donde me esperaban tantas cosas queridas y tanta gloria para la Bandera, que por estar compuesta en su mayoría de paisanos míos era gloria para Aragón. Demetrio dormitaba, satisfecho de viajar en primera, y yo hice una gran amistad con un sacerdote castrense de Trujillo que me acompañó hasta Valladolid. Muchas cosas podría contar del viaje, pero no tienen nada que ver con esta historia.

* * *

El 7 de abril me incorporé en Caminreal. Pueblo grande de la provincia de Teruel, ocupado militarmente; casas de barro, alojando oficiales de la Legión, y calles polvorientas, animadas de canciones legionarias.

El comandante Ruiz-Soldado, el Pater Ramón Marcellán, Tejada, Marra, Coloma, Rivera, Maciá Esparza (que por cierto, según su costumbre, me recibió con un broncazo y unas consideraciones sobre la etiqueta militar, artificio que usa siempre para hacerse respetar, según me dijo luego), Negueruela, Zamora, Escobar, Portolés, Cuartero, Sola, Viñas, Palmeiro, Raños, Lázaro, Barrenegoa, Toribio y Roldán eran mis hermanos de armas, con quien iba a jugar me la vida tapando agujeros en el frente de Aragón. Un frente de 400 kilómetros, mantenido milagrosamente, con la consigna de resistir fuera como fuese, contando con fuerzas escogidas, con dos tabores de la Me-ha-la de Tetuán, la Segunda Bandera de la Legión, la Bandera Sanjurjo, que fundó Peñarredonda, los magnífi-

cos guardias de Asalto, un batallón del regimiento de Carros y un puñado de falangistas y otro de “boinas rojas” importados de Navarra; buenos hermanos, como buen compañero era su jefe el laureado Pueyo.

Todo esto con Caballería, Artillería y demás aditamentos, tan indispensables como elegantemente desdeñados por los de la “Gloriosa”, constituían la llamada Columna Móvil; la fuerza que en sus cuarteles de Zaragoza estaba siempre dispuesta a acudir a donde fuere necesario, como aquellos bajeles de Barceló en su romántica época de piratas berberiscos.

La vida militar se deslizaba entre instrucciones, baño de la tropa —manía del alborotado capitán Pastor— partidas de póker y bromas; bromas de todos los calibres y a todas horas.

Había también algunos elegantes de la distracción; Villarreal, el teniente médico que no puede vivir sin montar a caballo; las cacerías mas o menos productivas del capitán Rivera, y las pescas de cangrejos y ranas, o cacerías de caracoles (todo lo más despreciable del reino de Diana) del Capitán Pastor; el alborotado he dicho, el ruidosísimo, repito, capitán Pastor.

Como una excepción entre aquel enjambre de gustos diferentes, el pobre Fernando Zamora, paseaba solo a grandes zancadas, luciendo su Mac Farlan, aquel que requisó en Vivel del Río. Yo, siguiendo mi eterna manía, hacía versos; no sé quién, que me conocía de antes, corrió la voz entre los oficiales. Y no tuve mas remedio que escribir tonterías a troche y moche ante el desprecio del Pater —poeta laureado— y la mirada benevolente del capitán Macía, que tuvo la gentileza de darme a leer las primicias de una su obra que vió la luz en “El Noticiero”.

Así a versos me sorprendió la orden de marcha el día 11 de abril.

II SANTA QUITERIA

Sonó la corneta (esa corneta que también sabe tocar Reigosa en los ratos en que está sereno) y la Bandera se concentró a toda prisa. El comandante salió en coche para recibir instrucciones, y nos esperaba en Zaragoza.

Antes de media hora estaba todo dispuesto para la marcha, pero el tren que se formó en Caminreal aun tardó mucho en acoplar el material.

Como una sección de fusileros es fácil de acomodar, pues lleva consigo la mínima cantidad de impedimenta, tuve tiempo sobrado para pasear por el andén y admirar la soberbia locomotora.

La idea de que íbamos a entrar en combate (pues era lógico que a combatir íbamos) no me preocupaba todavía. Me distraía el afán ruidoso del embarque, con el flujo y reflujo de legionarios subiendo a los coches hasta llenarlos. Las voces, los mil ruidos, bramidos del monstruo apocalíptico que busca acomodo y postura para echarse en su caverna de fuego y ruidos. Poco a poco quedó embarcada toda la Bandera y hacia las diez de la noche emprendíamos el viaje.

¿A donde íbamos? Todavía no lo debía saber ni el comandante Ruiz-Soldado que ya estaba en Zaragoza. Sin embargo las primeras horas, en el departamento que ocupaba “la alferecía” (como se nos llamaba con cariñoso desprecio) se hicieron mil conjeturas. Alguno, más enterado, apuntó la idea de que iríamos hacia Huesca, madre y cuna del histórico reino de mis mayores.

Luego, la conversación cesó poco a poco, y en posturas inverosímiles, que solo se adquieren en duro entrenamiento de meses y meses de guerra, nos quedamos dormidos.

Nos despertó chirriar de frenos en la estación del Arrabal. Allí esperaba el comandante; habló con sus capitanes, dió algunas ordenes al tren y nos dispusimos a seguir.

Como la pólvora corrió entre la oficialidad la noticia que reservadamente nos trajo el comandante. Los “rogélios” —como los llama Coloma— habían cortado la comunicación con Huesca y era preciso dejarla expedita. El comandante y sus capitanes trazaban planes, sobre las curvas de nivel que había facilitado el Estado Mayor, marcadas de crucecitas rojas y azules, y en el departamento de la alferecía se comentaba, aunque sin planos.

Apunté tímidamente la “genial idea” de que siendo aquel terreno llanísimo, como la palma de la mano, sería fácil el combate a pecho descubierta. Cada uno aportó su idea o comentario,

y volviéndose a acomodar vi con satisfacción que nadie durmió sin cerciorarse de que colgaba de su cuello o estaba dentro del bolsillo, la medalla protectora que les diera la madre o la novia; o la esposa, que de todo había. Creo aquella noche subieron al cielo muchas más oraciones que durante las plácidas veladas de Caminreal.

Yo ya no tenía ganas de dormir; y aprovechando una corta parada del tren me fuí a la locomotora, donde el maquinista no tuvo inconveniente en recibirme.

Estaba nervioso —el que diga que no ha sentido el miedo cuando sale para un combate, miente descaradamente— y, además, el capitán Maciá me había animado al salir para que plasmasse en unos versos algún episodio del viaje, que para mí era el primero con la bandera.

Por eso, mientras el tren corría, yo fuí grabando en mi memoria estos malísimos versos que nunca he querido escribir, pero que de boca en boca son populares entre la oficialidad de la Segunda Bandera.

Fu, fu, pi, pi, chaca, chaca
el tren corre, va que chuta.
El maquinista disfruta
y fuma de su petaca
mirando la hoja de ruta.
Sesenta, setenta, ochenta
palancas, bielas, carbón.
El fogonero no cuenta;
trabaja como un ladrón
y la caldera alimenta.
Y el invento que hizo Albión
para activar el comercio,
hoy va conduciendo al Tercio
a cumplir con su misión.
Lo dijo San Exuperio
y no admito discusión.

Esta versión que transcribo no es rigurosamente exacta, pues el original contenía algunas palabrotas, que el Pater sustituyó pudorosamente. Quede consignada su colaboración valiosa.

En la brevísima parada de Zuera, aproveché para reintegrarme a mi vagón y pude enterarme de que un sargento trajo al comandante un telegrama del capitán de la Falange de Almudévar, apremiándonos.

Este telegrama, sin importancia para la mayoría, tenía mucha para mí, porque el capitán en cuestión era mi hermano Jorge, que con sus falangistas cubría aquel sector del frente.

Al poco rato llegó el alba y con sus luces la estación de Almudévar. Abracé a mi hermano y al decirle “¿Qué hacéis por aquí?”, me respondió: “Esperaros a vosotros”. Reflexioné sobre la guerra y sus sorpresas; mi hermano, militar profesional, reclamaba el auxilio de un simple

aficionado; un “capitalista” de la guerra, en frase del llorado y heroico Juanito Allanegui.

Claro que no era a mí precisamente a quien deseaba, sino a aquellos legionarios magníficos, gloria de la Infantería española, que ya se alineaban en los andenes. El comandante fué al teléfono a recibir las últimas instrucciones, y yo pude, mientras tanto, ver y hablar con un oficial que con un balazo en el brazo izquierdo, llegaba en aquel momento.

Los rojos, en gran superioridad de número y armamento, se habían colado por sorpresa en la ermita y sus posiciones; menos en la batería, cuyos sirvientes la defendían todavía, animados por el capitán Guinea, que con sus soldados y algunos falangistas y requetés que a su mando se habían acogido, mantenían nuestra gloriosa bandera en algunos parapetos.

No era esto lo peor, con ser malo, sino que otra nutridísima columna de “bisinios” se había filtrado por el desguarnecido barranco de Violdada y amenazaba el ferrocarril y aun la carretera. No nos costó comprenderlo al oír el paqueo cercano; eran los falangistas que mantenían sus posiciones en las lomas inmediatas.

Todavía no había salido el sol cuando toda la bandera, con naturales precauciones y el comandante a la cabeza, se dirigía a esas lomas. Allí se estudió sobre el terreno lo que convenía hacer.

Desde allí se dominaba un barranco, no muy ancho, y enfrente unas alturas desde donde tiraba “de buten” y donde se podía apreciar perfectamente la labor de los zapadores rojos que en las siete u ocho horas que allí llevaban, habían puesto incluso alambradas.

Era yo el más moderno en la Bandera y suponía lo que se me iba a ordenar. Por eso cuando el Pater —marchoso e inquieto como siempre— pasó a mi lado reclamé su bendición; me tranquilizó con una mirada.

Oí pronunciar mi nombre y Coloma —mi capitán— me dió instrucciones; mi sección iba a ocupar un mogotillo que sobresalía en “tierra de nadie”.

Allí de mis conocimientos tácticos; desplegué la sección y avancé sin un tiro hasta la posición marcada. Destaqué una escuadra a la cresta para que vigilase y me dispuse a esperar.

No tardaron en darme noticias; se veía mucha gente y a su juicio en uno de los barrancos había caballería. Mandé estas noticias al mando, pero el enlace se cruzó que me trajo la orden de retirada.

Cuando la emprendimos, una ametralladora que nos cojía de flanco y que antes permaneció muda, nos obsequió con una lluvia de balas; algo más deprisa que al ir, atravesamos el ba-

rranco y, gracias a Dios, sin novedad, dejé cumplido mi primer servicio en la Bandera.

Ya estaba embarcada la gente otra vez; el tren se puso en marcha y supe que reconocido el terreno por el comandante, ideó una maniobra, cuyo buen resultado se verá más adelante.

El tren volvió cerca de Zuera y allí, donde no había enemigo, empezamos a buscarle por su flanco izquierdo. La quinta compañía (la mía) iba por el centro; la catorce a nuestra izquierda y la cuarta a la derecha. No puedo jurar donde se estableció la de ametralladoras, pero su tableteo —que fué mucho y bueno— sonó todo el día por nuestra izquierda también.

La marcha de aproximación duró una hora, y al cabo de ella tomamos contacto con el enemigo por su izquierda, como estaba previsto. Como siempre, los rojillos derrochaban municiones, y a mí me correspondió establecer mi sección en una loma bastante batida, colocado en la cresta el servicio indispensable, pues nuestro fuego no resultaba eficaz ya que carecíamos de fusil ametrallador.

Así transcurrieron unas cuantas horas, durante las cuales tuve varias que encogerme y rodar por el suelo, pues un tirador de ametralladora parecía conocer dónde me encontraba por la precisión con que “metía” las ráfagas en mis mismísimas narices. Además la contrapendiente era casi nula.

Me entretuve viendo a lo lejos el despliegue de la Bandera Sanjurjo, que según mis noticias ocupó nuestra derecha, y desde el mediodía hasta anochecido me mojé concienzudamente aguantando un diluvio incesante, con gotas de tamaño desusado. Aun no había llegado Demetrio, y no tenía ni un mal capote; opté por aguantar tumbado en el inmenso charco, pero en las últimas horas fué tal la caladura y tan interminable el tiempo, que me faltó poco para echarme a llorar como un chiquillo. Los sargentos Cacheiro y Marciano me proveyeron de tabaco, que aun ignoro cómo conservaban seco.

Al caer la noche cesó el tiroteo, que había durado todo el día, y pude levantarme y estirar las piernas, sobre el suelo mojado. A pocos pasos había establecido Coloma su puesto de mando en una caseta, bastante batida, pero con tejado al menos.

Allá me fuí a recibir instrucciones y lo hallé tumbado en compañía de Marra y disponiéndose a dormir lo posible. Me mandó establecer un cuidadísimo servicio en la loma para aguardar al día siguiente.

Debía compartir el servicio con Palmeiro, y echadas suertes me correspondió la primera media noche; me envolví en el capote (que ya había llegado) y comencé mi monótono servicio

arriba y abajo de la loma, donde a través de la lluvia (que seguía sin cesar) adivinaba, más que veía, a los centinelas.

Palmeiro mandó armar una camilla; y como si toda aquella celeste catarata no fuese con él roncó como un bendito hasta que lo desperté, tan calado como si hubiera dormido en una bañera. Yo me fuí a dormir mi rato libre en la caseta, donde aun conseguí un rinconcito con paja.

* * *

Las primeras luces nos trajeron un magnífico día. Cuando salí de la caseta vi que ya no sonaban tiros y que los legionarios andaban de pie como sí tal cosa. Allá enfrente quedaban los parapetos rojos, vacíos indudablemente. Aquella noche se habían “dado el bote”.

Por si las moscas se destacó un pelotón, y al verlo avanzar sin resistencia, Coloma llamó toda su compañía, y con él a la cabeza, como un alegre colegio que saliera de paseo, nos plantamos en menos de un cuarto de hora en los parapetos rojos.

Allí recogimos esa multitud de objetos que componen un menaje trincheriano; platos, jarrillos, mantas y capotes, correajes, munición en abundancia y muchas cartas con indicación de remitirse desde el “monte Zuera”, que iban a enviar los milicianos a su zona, creyendo permanecer allí para siempre.

De todos modos, para sus costumbres, la retirada había sido bastante estratégica, pues no recogimos ni una mala bayoneta rusa de esas que parecen un chuzo de sereno.

Al ver que allí no quedaba enemigo ni señales de haber establecido línea de resistencia en mucho terreno atrás, la Bandera prosiguió su reconocimiento. Una noble emulación se estableció entre las Compañías y empezó la más triunfal marcha que yo recuerde, pues en plan de paseo militar anduvimos unos doce kilómetros sin encontrar más que rojos despistados que hacíamos prisioneros.

Porque aquella columna —que según los periodiquillos que recogimos iba a “entrar en Zaragoza el día 14 de abril”— se había retirado tan de puntillas que, sin parar hasta Robres por lo menos, no tuvo tiempo de avisar a los otros; y por eso la que ocupaba parte de Santa Quiteria, sin saber nada, tenía a la Segunda Bandera a sus espaldas cortando todas sus lógicas líneas de comunicación.

Recuerdo perfectamente cómo cogimos al primer prisionero. Venía el hombre (sanitario según declaró), tan tranquilo, con la vista baja y las manos en los bolsillos. Le salió al encuentro Quiriquí —entonces tirador de F.A. y hoy sar-

gento— que con su vitola gordinflona, despechugado y con el gorro de hule que acababa de requisar, tenía todo el aspecto de un “rogelio” bien comido.

—“¿Que hay?”— fué su saludo.

—“¡Hola!”— repuso el bisinio.

Hasta que, molesto por no causar el efecto que esperaba, le agarró de un brazo y tronó:

—Pero idiota, ¿no ves quien soy?

—¡¡Soy Quiriquí, de la Segunda Bandera!!

Un momento después se unía a la compañía trayendo en hombros al desmayado rojo. Hubo que vaciarle una cantimplora en la cara para que volviera en sí, mientras Quiriquí galleaba satisfecho.

Al segundo lo agarró el sargento Otero. Era un alférez rojo, que al verse ante el capitán, temblaba como un azogado; veía llegada su última hora y tirando de Coloma pretendía llevarlo aparte para justificarse.

—“Verás compañero; yo te explicare”...

Y a Coloma le costó trabajo convencerle de dos cosas. Que conservaría su vida y que nunca fué, ni sería, compañero de un capitán de la Legión.

Luego ya una locura. De dos en dos, de cuatro en cuatro, iban viniendo. Escobar ardía en ganas de requisar algo y salió también a la caza; se trajo un “Suomi-Tikakoski”, que aun arrastra Zoilo, el asistente del capitán; pero se le escapó el teniente rojo que era su anterior dueño, entre nubes de polvo de tantos disparos errados. Escobar se tiraba de los pelos y se maldecía.

Así llegamos a una paridera. Contamos los presos; eran 23, y Paños, riéndose, decía a Coloma:

—“Mi capitán no cojamos más, que nos van a poder”

En la paridera aun se “nos incorporaron” cuatro o cinco. De una casa cercana, que a su decir era hospitalillo, enviaron una escuadra a reconocernos; y claro se quedaron con nosotros.

Llegó hasta allí el comandante, radiante de satisfacción; nos felicitó y dirigió unas palabras a los prisioneros. Momentos después los enviaba para retaguardia (aquellos fueron los ciento y pico que el día 14 “entraron en Zaragoza”) y reunió a la Bandera, porque ya había llegado el momento de hacer lo que se narra en el capítulo siguiente.

* * *

Era un poco más de mediodía cuando se reunió la Bandera. Se intentó que la gente comiera —poco había comido desde que empezó la

operación— pero hubo que desistir ante los apremios del mando.

Habían llegado las fuerzas que iban a colaborar con nosotros; la Bandera Sanjurjo y los de Asalto. En la estación de Almodévar estaba ya emplazada una batería del 7'7 —novedad de la que se nos prometían maravillas— y la Aviación estaba citada sobre las tres de la tarde. Los días eran cortos aun y había que darse prisa; el general Ponte, que se había establecido con su Estado Mayor en el emplazamiento de la batería, estaba impaciente por coronar aquella magnífica operación.

Desplegamos otra vez (esta nos tocó el ala derecha), tronó la batería que se estrenaba —en verdad que infundía confianza aquella granizada de proyectiles— y comenzamos a avanzar. No puedo precisar ahora lo que tardamos en llegar al contacto con el enemigo; solo sé que al coronar una loma vi un llanto como de unos quinientos metros y enfrente una altura —que juzgué inaccesible— coronada de parapetos, desde donde se nos hacía un vivísimo fuego.

Grité con todas mis fuerzas unas órdenes para que mi gente se echase al suelo, dando principio el combate; pero aun no sabía como las gasta la Segunda Bandera.

Ninguno me hizo caso, sino que corriendo como gamos se tiraron a la llanura, lanzando al viento unos vivas a España, que se debía oír en Alcubierre.

El grupo más cercano comenzó a gritar:

—“¡Que se van, que se van!”

Y corriendo, sin cesar de tirar a los que cobardemente huían por nuestra derecha, me arrastraron, electrizado, borracho de entusiasmo de verme entre aquellos valientes.

Corrí, corrí como un loco; con la pistola en la mano y una “laffitte” en la otra, alcancé y rebasé a los primeros; grité más que ellos, lancé la bomba y... no me preguntéis cómo —porque no lo sé— puse pie en los primeros parapetos enemigos.

Allí se detuvo momentáneamente la avalancha. Todo era alegría al verse dueños de un gorrito de hule, o de tal o cual cazadora. Yo, pisando cadáveres, me hice cargo de dos fusiles ametralladoras abandonados en la huida; mirando atrás reparé el espacio que había recorrido a pecho descubierto, gracias a la cobardía de los rojos.

Si hubieran resistido, dos nada más —con aquellos fusiles ametralladoras, cuyo mecanismo limpio admiraba— no hubiera llegado vivo ni uno de los que ahora me enseñaban alegremente la requisa. Además no tenía ni una baja.

Pensé inmediatamente en mi capitán y le envié un enlace. Mientras aguardábamos en los parapetos —donde se clavaba alguna bala— vimos nuestros aviones y oímos los latigazos del bombardeo, luego se fueron y aparecieron nuevos, seis aparatos rojos, que después de lanzar unas pocas bombas donde suponían que se hallaba aquella batería que tanta “pupa” les hacía, desaparecieron a toda velocidad.

También su artillería hizo algunos disparos, y ante nuestra vista estropeó a tres o cuatro sanjurjos de una sección que venía a relevarnos.

Apareció el enlace, que ya había dado con Coloma, y dejando mi puesto a la sección de Sanjurjo me fuí con la mía en busca de mi capitán, atravesando a la carrera la cresta, que seguía muy batida.

Antes de salir aun pude ver que la compañía de Ametralladoras, que nos había protegido muy bien (Esparza, es tan buen capitán como mal jugador de póker), cambiaba apresuradamente su emplazamiento, descubierto y batido por la artillería roja.

En la loma me alcanzó un enlace; tenía una orden para Coloma y un papelito para mí. Era una copla que me dedicaba el capitán Maciá, que en medio del combate, aun tenía humor para eso y mucho más. Decía:

“Vamos a Santa Quiteria
venimos de Caminreal.
Si siguen así las cosas
te aguardo en el hospital.

Me hizo mucha gracia. Lo que no me hizo tanta fué la orden de Coloma. Decía, si mal no recuerdo:

—“Va a tirar la artillería durante diez minutos; al final láncese al asalto con su Compañía”.

En un parapeto estaba Coloma con la sección de Escobar, Barrenegoa, y Paños. Di el parte (como si no supiera su contenido) y al leerlo reunió a la gente y salimos “pa adelante”. A mi ver fuimos bordeando por la derecha el monte; nos tiraban de izquierda y derecha, desde los parapetos que conservaban aún, desde las alturillas que dominan Tardienta; pero como íbamos algo resguardados dentro de parapetos —salvo los trozos descubiertos que cruzábamos corriendo a todo lo que daban nuestras piernas— no hubo novedad.

Llegó un momento peliagudo. El parapeto de acabó: y hasta el más próximo (donde ya se veían los soldados de Guinea, que nos llamaban a grandes voces) había un espacio como de doscientos metros, descubierto y batido con ametralladoras de derecha e izquierda.

Coloma no lo pensó; y en una carrera maravillosa, materialmente “bordado” por las balas,

llegó al parapeto donde se nos esperaba. Tras él pasó el banderín y los enlaces y me tocó la vez.

Pasé miedo, un miedo horrible, y no me duele confesarlo; pero me encomendé a Dios y salí corriendo esperando el balazo mortal. Corría, asombrado de ver que las piernas me respondían aún y que las balas silbaban en derredor sin darme. Al llegar, sano y salvo, ya no pensé más en ello; todo eran abrazos y alegría de los sitiados que rescatábamos. Allí estaba Noailles, el médico de Falange, a quien la última vez había dejado en la Granja bebiendo cerveza.

Por el parapeto adelante fuimos corriendo hacia la ermita, que ya se veía a los lejos. Entonces, un balazo de mala pata hirió en el cuello al pobre Cuartero. Echaba sangre como un toro, y creo que ya no existía cuando pusimos su cuerpo en la camilla.

El capitán tenía prisa; estaban acabando los diez minutos de preparación artillera. Y corrimos por el parapeto apartando a codazos a los soldados de Guinea, que se apretujaban en las arpilleras y tiraban como borrachos sobre la masa de milicianos que en franca huida se descolgaban hacia Tardienta.

—“Marranos —gritaban— que nos “habis” tenido tres días sin comer”.

Y descargaban el fusil, una y otra vez, pidiendo a nuestros legionarios munición, de la que andaban escasos. El capitán Guinea —que había perdido un hijo en el asedio— los animaba con magnífico espíritu.

Nosotros seguimos a Coloma, que con el banderín —pegado a él— ondeando al viento de la tarde, iba abriéndose la ruta de la victoria.

El tiroteo era ya mucho más soportable; salimos del parapeto, sin reparar lo que pudiéramos encontrar, y poco después nos hallábamos ante los restos ennegrecidos de lo que fué ermita. Estaba el campo sembrado de cadáveres rojos; recuerdo, por el mal efecto que me produjo, un miliciano con la cabeza arrancada de cuajo de un cañonazo y que, sin embargo, tenía el puño derecho cerrado a la altura de donde debió tener la frente. Habíamos rescatado Santa Quiteria.

Formó la compañía y fuimos hacia el puesto de mando, pues nuestra misión estaba cumplida. Por el camino tropezamos con unos de Asalto con sus prisioneros; una miliciana gordinflona, con cara resignada, y un francés que queriendo mostrarse despreocupado en su desgracia me pidió un cigarrillo. Más había, pero no reparé en ellos.

Media hora más tarde comíamos una lata de mermelada (nuestro desayuno), y al cuarto de hora ocupábamos los camiones para ir a Zara-

goza. Las canciones de los legionarios levantaban asfalto de la carretera.

“Dicen los rojos que tienen
que tienen mucho armamento,
pero no tienen... aquello
“pa” luchar con el Tercio”.

Entramos en la ciudad, donde el aspecto de los viandantes daba a entender que ya se esperaba con impaciencia aquel resultado, que les corroboraba la algarabía de la tropa. Al llegar al cuartel, sin bajarme del baquet, di la voz de

—“Hoy no se pasa lista; a la calle todos”

Y mi sección después de dejar el armamento, se desparramó por todo Zaragoza, como chiquillos traviosos, sin dar importancia a lo que habían hecho. A divertirse.

Faltaban Solá, Cuartero, Lázaro y Roldán; Portóles estaba herido. También seis legionarios habían muerto, y muchos más gemían en el hospital, pero

“No hay quien pueda,
no hay quien pueda
con la Segunda Bandera”

A las nueve de la noche estaba en mi casa. Era trece y martes; lo recordaré más adelante

III LA “BATALLA DE LOS CARACOLES”

Dos días de descanso en Zaragoza nos vinieron muy bien. Cada cual procuró adecentarse con sus mejores galas para presumir un poquillo en el paseo de la Independencia.

Juanito Villarreal estrenó una soberbia tere-siana; con tantos dorados que, casi lo multaron por acaparar oro en momentos tan difíciles para la Patria.

El capitán Rivera, al que Mayoral le cantaba

“¿Qué es aquello que yo veo
encima de aquellos montes?
La cabeza de Rivera
que oculta los horizontes”.

Estrenó unas botas magníficas, siempre brillantes por obra y gracia de “Boquichi”, su popular asistente y ex limpiabotas.

Llenábamos todos los establecimientos céntricos y presumíamos lo indecible; yo al menos. Era muy agradable encontrarnos a esa señora “que nos vió nacer” y oírle

—“Sois unas fieras”.

O al viejo amigo de la familia, que preguntaba detalles sobre un asalto al arma blanca y quería saber “si gritan los rojos al pincharles”.

El comandante (noventa por ciento de aquel éxito) nos saludaba, cada vez que nos cruzaba, con paternal cariño. Y los legionarios, al encontrarnos en los bares, nos decían con voz muy alta, para que todos lo oyesen:

—“¿Se acuerda, mi alférez, cuando tiró usted aquella bomba y por poco me da?”.

Pongo por hazaña que habíamos compartido y querían hacer pública.

Pero dos días se acaban pronto, y el 16 nos fuimos otra vez a Santa Quiteria. Teníamos que guarnecer aquéllo esperando el contraataque.

Cuatro día pasamos sin novedades dignas de mención. Me correspondió un pequeño sector, del cual era jefe; me instalé en una casetilla y en amable compañía con Pascual (el magnífico sargento) me entretenía oyéndole historietas de sus quince años de Legión. También es cierto que sufrí un poco con las úlceras mal cerradas de mi pierna derecha.

Y es absolutamente cierto que en aquellos días enterramos más de seiscientos cadáveres de rojos, y que dejamos por imposibles muchos más, que se veían en los barrancos que van a Tardienta; y que por la noche venían los rojos a recoger el armamento tirado. Como es cierto que una madrugada el capitán Rivera, a tiros de

fusil—cazador siempre— “se cargó” a un rojillo que pagó así su valentía.

* * *

Volví de Santa Quiteria, bastante fastidiado con mi pierna. Tanto que, al fin de la caminata, desde la ermita a la estación, no pude más y tuve que subirme a un mulo.

Al llegar a mi casa me acosté; acostado estaba cuando, al anochecer, llegó Demetrio con su eterna sonrisa y me dió la noticia

—“Está formando la Bandera para salir”

¡Vaya por Dios! No iba a poder descansar. Intente vestirme pero resultó imposible que me pusiera las botas. Un poco molesto por no poder acudir al llamamiento de mi Bandera, decidí seguir acostado y darme de baja. Aquella noche no pude dormir pensando en mi desertión y en los fregados en que podía verse la colectividad a la que ya tenía cariño.

Al día siguiente vino a visitarme el médico civil de la Bandera. Pablo Romeo, inofensivo comadrón zaragozano, movilizado voluntariamente embarcado a curar dolencias legionarias, en ausencia de sus colegas militares.

Me curó y mandó que siguiera en cama unos días. Durante ellos me trajo mil noticias de las operaciones que le llegaban por conducto de los que iban y venían.

Pero todo lo que ocurrió en aquel breve espacio no lo vi yo; y por eso no figurará en este libro, de cuyo contenido soy testigo presencial.

Para contaros lo que me contaron, prefiero que os lo cuenten. Y perdonad el juego de palabras.

* * *

Volví con los míos en Cella, pueblecito turrolense rico en aguas cristalinas, donde crían los mejores cangrejos de España; codiciada presa para el capitán Pastor. Aquel día comimos una paella a base de crustáceos, como para chuparse los dedos.

Cuando nos reunimos a comer no éramos los mismos de Caminreal. Mandaba, accidentalmente, la Bandera, el capitán Rivera, pues Ruiz-Soldado había sido herido en Santa Barbara, el mismo día que murieron Toribio, Viñas y el pobre Quintana, aquel valiente canario, hombre riquísimo, y falangista de corazón, que desde Sevilla estaba voluntariamente agregado a al Bandera, donde prestaba inestimables servicios.

Aquel mismo día recibimos orden de marcha. Pasó la tarde en preparativos y al anochecer salimos a pie para Gea de Albarracín. Los rojos se habían filtrado otra vez subiendo por el río Bezas, hasta su confluencia con el Turia, habían

establecido una magnífica posición —nuestro objetivo— y cruzando este río habían cortado la comunicación de Teruel con Albarracín, hostilizando la carretera desde un monte llamado “Los Frontones”.

Cuatro horas de marcha nocturna, sin hablar ni fumar, nos llevaron a Gea de Albarracín. Alojamos a la gente y como hasta la hora “H” (el indicativo a que se ajustan las operaciones y que sólo conoce el jefe de la columna) teníamos algún rato para dormir, asaltamos un caserón deshabitado y sobre jergones, mullidos con mantas y alguna almohada, descansamos un rato.

A mí me tocó en suerte compartir una cama de matrimonio con Marra. Aun me produce risa recordarlo, como se reirá el lector el día que conozca a Marra.

A las siete de la mañana ya estaba la Bandera desplegada hacia los Montes Universales. Esta vez conocía nuestra misión, pues por la noche había tenido tiempo de colarme en la Comandancia a fisgar. Un jefe de la Guardia Civil daba instrucciones a mis capitanes y así supe que nuestra misión era —mientras Sanjurjo atacaba de frente— molestar a los rojos en su retirada y contenerlos en caso de que desbordasen en dirección a nosotros.

Como Rivera mandaba la Bandera se hizo cargo de la catorce Compañía (a la que yo había pasado por conveniencias del servicio) Martínez Arijá, que se había incorporado en Santa Quiteria, y al que dábamos muchas bromas por su manía de ser “el más antiguo”.

Tomamos posición en la cresta, al otro lado del río, cogiendo de flanco la posición roja, que por cierto estaba muy fortificada ya; emplazáronse las máquinas y Virgilio (sargento entonces, brigada hoy y chiflado siempre), envuelto en su manta multicolor, se sentó en una de ellas y comenzó el fuego.

A la hora “H”, que por lo visto era a las ocho, comenzó el tiroteo en la parte donde operaba Sanjurjo; luego vino la aviación, que bombardeó muy bien a propios y extraños, y con estas pasó todo aquel día gris.

Al anoecer nos dieron buenas noticias de la operación, que no había terminado. Quedaba algo pendiente para otro día. Dejamos una sección —le tocó la china a Palmeiro— y los demás nos fuimos a dormir a Gea. En el caserón había un piano y tuve que aporrear sus teclas para solaz de mis compañeros.

Al otro día amaneció lloviendo, por lo que la operación quedó aplazada. Ese día fui yo a relevar a Palmeiro en el monte; por la noche cesó la lluvia afortunadamente y en un abrigoito construido con un árbol, una lona cubre carga y dos

fusiles pasé una buena noche, siempre hablando con Pascual.

Pero siguió lloviendo y la operación no podía hacerse; y así pasó una semana de lluvia y sol. Cuando no estaba destacado acompañaba al Pater y a Pastor en sus arriesgadas cacerías de caracoles, que luego comíamos con gran algaraza.

Una noche que yo estaba destacado llegó la noticia de que al día siguiente se terminaría la operación. Se habían acumulado muchos elementos, pues me hablaron de tanques, y trajeron unos botes de humo para ocultar la Infantería. Pasé la noche nervioso otra vez y al clarear me sorprendió la noticia de los centinelas, diciéndome que en los parapetos rojos no había nadie ya.

Salió un voluntario a reconocerlos; tras de él, una escuadra. Y cuando llegó Rivera, con toda la Bandera, para iniciar la operación, le dije lo que había. Desplegamos y salimos en dirección a los rojos; efectivamente los parapetos estaban abandonados. Recogimos muchas municiones, derruimos a patadas las chabolas empezadas y después de reconocer el larguísimo camino cubierto que desembocaba en una paridera —puesto de mando— donde por cierto había dejado una mugrienta cuartilla que rezaba

“Abajo estamos”

nos volvimos cantando al punto de partida. En honor de las “cacerías” de Pastor la operación quedó en los anales de la Bandera como “La Batalla de los Caracoles”.

Los botes de humo no sirvieron ni para “tiznar rojos”, como pudo decir el comandante Frutos que por esos días vino —en sustitución de Ruiz-Soldado, delicado para una temporada— destinado en comisión.

Le conocí en Teruel, adonde fui con Coloma para traer municiones. Coloma estaba un poco mosca, porque el día de “los caracoles” la Catorce Compañía le pisó el terreno, y la suya llegó al parapeto rojo cuando nosotros volvíamos, cumplido el objetivo; y se hubiera ganado alguna pesada broma de Rivera de no ser porque estaba muy entretenido abroncando a Palmeiro, que tuvo la galaica cachaza de dormirse y llegar poco antes que Coloma; pero, a pesar de su mosqueamiento, me quería mucho y me llevó a tan delicado servicio.

Y en la Comandancia de Teruel vi por primera vez al comandante Frutos; temible en su enfado, gracioso hasta la carcajada cuando estaba de buenas y fornido de aspecto aunque jura que nunca pesó ni sesenta kilos.

Aun estuvimos una semana en Gea. Y nos aburríamos concienzudamente, salvo las bromas e incidentes que alargábamos todo lo posible.

Un día hicimos una paella en el campo; ironía de unos hombres que se pasan la vida, de paridera en paridera, por todos los campos de Aragón.

Otro, discurrió Marra que pescásemos truchas con granadas de mano. Como la estrategia no dió más resultado que asustar a los alevines, pretendió desecar una acequia de la central eléctrica.

Agarró con sus brazos de gorila el torniquete de la compuerta y se lió a darle vueltas, hasta que consiguió abrir la entrada de la turbina que, por ser de día, estaba desconectada.

Empezó ésta a girar de vacío a una velocidad espantosa; y la oportuna llegada del electricista evitó que varios pueblos sufrieran un apagón prolongado.

Otro día, el pobre Campillo —del que más tarde haré la mención que merece— me propuso acompañar a unos zapadores que iban a fortificar. Fuimos al atardecer para que, de día, dejaran marcado lo que iban a cavar de noche.

Entre dos luces vimos una paridera lejana —el frente de Aragón estaba cuajado de parideras— y unos cuantos “rogélicos” que allí tenían avanzadilla.

Campillo, fantástico siempre, arrebató el fusil al zapador más cercano, vació el cargador apuntando a la paridera y prorrumpió en estentóreas voces:

—“¡Marranos —gritaba— esta noche iremos y os cortaremos la cabeza!”

Al poco rato nos volvimos a Gea, sin dar mayor importancia al incidente. Pero a la media noche nos despertó un horroroso tiroteo.

Los rojos habían visto sombras, y advertidos por las voces de Campillo (que lo mismo que amenazas les podría haber recitado un romance o anunciado un específico) creyeron llegado el momento de defenderse; y armaron un “cacao” como para figurar en los partes oficiales.

Decididamente somos una calamidad cuando estamos inactivos y, sin duda, por eso nos trajeron a Zaragoza otra vez.

IV “GUERRA CHIQUITA”

Pasamos unos días en Zaragoza, llenando las calles de optimismo y orgullo. Luego salimos otra vez.

Como siempre, vino Demetrio a avisarme cuando menos lo esperaba. Salimos de noche y sin saber adónde íbamos; unos por ignorancia, y algunos porque los vapores del alcohol, que habían ingerido en sus ratos de ocio, embotaban ligeramente sus inteligencias.

La segunda Bandera es así. Al aviso de que sale la Bandera, aunque no haya nadie en el cuartel, acuden todos. No sé como, pero acuden.

Y entonces, da la casualidad de que muchas tabernas se quedan sin clientela. La calle de la Verónica era de las que más sufrían en su censo habitual, al salir de operaciones la Bandera.

Recuerdo como aquella noche, el “Tigre” —dieciséis años de legionario, sin una herida ni un galón— abrazaba tiernamente a unos infantes que me juro ser hijos suyos; cosa que no creí mucho. Mejor dicho; sin dudar que los tenga, creo honradamente creo honradamente que no eran aquellos, porque fueron reclamados por una mujer que no tenía nada que ver con el “Tigre”.

Y como el pobre sargento Esteban (yo le di los galones en Gea) me juraba por sus muertos, entre enormes aspavientos, que en aquella operación que comenzaba pondría a mis pies —¡ni que yo fuera un rey! — los galones de sargento efectivo o perecería en la demanda; luego se durmió profundamente.

Entre cánticos, que alegraban la noche primaveral, ya alegre de por sí, y con nutrido acompañamiento de botas de vino, llegamos a media noche a Almodóvar. Allí supe que esta vez no se trataba de operación ninguna.

Podíamos cantar aquello de

“Mañana no hay paridera
aunque lo mande Galera”.

Que tenía su explicación, Galera, joven teniente coronel, inteligente y agradable, era el jefe de la Columna Móvil. Y, según contaban “los antiguos”, cuando la Bandera llegó al frente de Aragón, la explicación de futuras operaciones era siempre:

—“Se trata de tomar una paridera sin importancia”.

Y, por eso, “paridera”, era el nombre antonómico que se daba a todas las operaciones.

Aquella vez “no había paridera”. Se trataba de un vulgar relevo, para permitir un acoplamiento de fuerzas. Estaríamos allí haciendo vida de trinchera.

A la catorce Compañía le correspondió el sector de la casilla. La mandaba García Mayoral, incorporado de alta, después de su herida de Huesca; también era nuevo Manolo Losada, a quien envidiaba su gorro con dorados, y que decía haber venido al Tercio para engordar. Y se arreaba cada latigazo de insulina que hacía temblar.

El capitán Mayoral estableció su puesto de mando en la casilla de camineros. En una habitación la cama del capitán y el teléfono; en otra cuatro cajones y una mesa. En una tercera, sobre puñados de paja, dormía Palmeiro. Losada, Martínez de Arija y yo nos fuimos al parapeto.

Un parapeto larguísimo y regularmente acondicionado. Cuando se hizo el relevo comparemos nuestras fuerzas con las de la compañía de Infantería a la que relevábamos; ellos eran doscientos y nosotros ciento diez. A nosotros nos daba igual, y ellos lo encontraban natural.

—“Es que ustedes...” —decían.

Y la frase quedaba cortada, flotando en el aire, como un elogio a nuestro valor, que se sobrentendía.

Y al fin y al cabo, “nosotros”, éramos lo mismo que ellos; aficionados la mayoría, los oficiales; y muchísimos quintos entre la tropa. Pero algo inmaterial, tal vez un soplo vivificante de Millán Astray, flotaba en nuestros banderines.

La vida de trinchera era aburridísima. Es como vivir en un pueblo sin poder salir al campo. Es una sensación parecida a la que todos hemos sentido de niños, cuando aun no teníamos edad de ir al colegio, ni nos dejaban salir solos y nos moríamos de tedio, encerrados en casa, entre juguetes que acababan por molestarlos.

Dividimos la trinchera en tres sectores; el primero para Martínez de Arija (para eso era el más antiguo); el central para Losada, y el más izquierdo (que por ironías del destino, terminaba en una letrina) para mí. Allí, en tres chabolas, dormían noches primaverales tres hombres reunidos por el azar.

De día quedaba uno de nosotros de servicio y los otros dos iban a la casilla a pasar el día con el capitán Mayoral. Neurasténico y simpatiquísimo, que en aquellos días nos puso al corriente de su odisea en Gerona, hasta que consiguió pasarse en Huesca; y nos hablaba de su mujer y de su hijo (mi mujer esperaba descendencia por aquellos días) que habían quedado allí.

También nos enseñó el juego de la “batalla naval”, y en esos inocentes entretenimientos íbamos desgranando el rosario pesado de los días de trinchera.

Por la mañana venía el Capitán al parapeto, en visita de inspección y a tomar el sol en aquel desmonte que pomposamente llamábamos “plaza de armas”. Entonces aparecía Valadés (malagueño sargento de la Legión) y nos amenizaba con sus cuentos y anécdotas.

Recuerdo lo que nos reímos el día que nos contó la vida y milagros de un de un capitán de la Legión (tiempos africanos) que tenía muy mal genio. Contó que un día en que salió a pasear a caballo, al apoyar una mano en la silla se la encontró llena de polvo. Se indignó y a voces hizo venir a su asistente; y, rabioso, le mordió la cabeza hasta arrancarle algo de cuero cabelludo. Y luego (según Valadés, y allá él con su responsabilidad), le decía con dificultades de pronunciación:

—“¡Quítame estos pelos!” —

Allí en la “plaza de armas”, pasaban los ratos más agradables del tedioso parapeto, mientras yo admiraba con envidia la magnífica pistola ametralladora de Losada. Siempre he tenido afición por las armas, y en aquellos días —asesorado por Martínez de Arija— aprendía a desmontar granadas de mano, y comencé a formar la colección que hoy tengo a vuestra disposición en mi casa de Zaragoza.

* * *

Aquel aburrimiento —sin un tiro ni una bala— tuvo un ligero paréntesis. Cierta día que nos dedicábamos a enviar al capitán (“cada mañana”, como él decía en su acento catalán), los obligatorios partes, redactados con fina ironía. Pero que a la postre tenía que figurar el “sin novedad”, que tan mal cuadraba con nuestro carácter de traviosos hombres de guerra. Y un día, yo, decidí que “hubiese novedad”.

Me había despertado al amanecer y, desde mi chabola, arrullado por los ronquidos de Demetrio y el arañar incesante de una rata zapadora, oí a mis centinelas hablando a voces con los enemigos. Estos proponían un intercambio de prensa, y daban su palabra (poco de fiar, lo sabía por experiencia), de que no tirarían en todo el día, si nosotros no les agredíamos.

Me hacía gracia la idea de repetir aquella escena tan conocida de que allá en el llano —tierra de nadie— se encuentra un rojo y un nacional y, entre insultos y pullas, se entreguen periódicos y a veces materias comestibles, para demostrarse su buena alimentación corporal y espiritual.

Por eso dí orden de que nadie tirase un tiro sin mi consentimiento, y despertado Nuñez (el cabo de la buena voz) le mandé pactar un pequeño armisticio, por mi cuenta y riesgo.

El primero que salió de nuestra parte (ya estaba el sol muy alto en su carrera) fué el propio Nuñez. Cuando los rojos se cercioraron de que no pasaba nada, enviaron a otro emisario, y en el llano de Almudévar se celebró, una vez más, la recíproca entrega de papel impreso.

Pero como la trinchera era larguísima y yo era el único oficial —por la razón ya expuesta— que la vigilaba, no pude impedir que otro valiente (estaba expuesto a un pacazo en cualquier momento) quisiera demostrar a los rojos que él “también salía”. Y como los de enfrente habían puesto como condición que había que salir uno de cada lado, inmediatamente hizo su aparición un segundo “bisinio”.

Los míos no podían ser menos; y allá fueron otros dos al encuentro de otro par de catalanes. Total que, a la hora de empezar el suceso, había en el llano de Almudévar un grupo parecido a aquel que se formaba delante de “La Maravilla”, los domingos por la tarde, cuando había afición al fútbol.

Yo, acodado en el parapeto, gozaba lo indecible, aunque comprendía la responsabilidad enorme en que estaba incurriendo. Pero, ¡tenía tanta suerte en todo lo de la guerra!, y además, enseguida di orden a Pascual para que cesase el mitin. Pero antes de que Pascual cumplimentase la orden, me llamaron al teléfono; Martínez de Arija me decía, desde la casilla, con voces quejumbrosas:

—“Pero, que haces ¿qué haces, animal? Han avisado a la Comandancia, desde el observatorio de Artillería, que en el llano están haciendo una paella. Y el comandante viene a ver lo que pasa; ¡te la vas a cargar!”

¡María Santísima! Y Pascual, en vez de cumplir mis órdenes, se había ido también a cambiar una botella de coñac por otra bebida roja.

Agarré aquella magnífica estaca que servía para apoyarme y no resbalar en el barro de la trinchera y, saliendo hasta las alambradas, troné con una voz que hubiera envidiado Gayarre:

—¡¡Al parapeto todo el mundo!!

Mi prestigio de oficial y una carrera por toda la línea, blandiendo el soberbio trozo de olivo, bastaron, para que, a la carrera, se reintegrasen los legionarios a sus chabolas.

Les mandé aparentar un profundísimo sueño, y cuando llegó el comandante (rodeado de todos sus capitanes, entre los que venía haciéndose el “longuis”, el propio Mayoral) pude decir ufano:

—“Sin novedad en la posición, mi comandante”.

Y mientras que él (que estaba en el ajo) sonreía con satisfacción ante el celo de sus oficia-

les, Marchena, con sus ametralladoras, tiró un par de ráfagas, dando a entender a los “rogélicos” que se había terminado el armisticio.

Aquella misma tarde me avisaron de que mi mujer había dado a luz a nuestra primogénita, y como me dieron permiso haremos un paréntesis, si os parece, mientras la bautizo.

—Cuatro días más tarde provisto de una gran bandeja de merengues, me incorporé en la sierra de Alcubierre. A la Catorce le había tocado —rara excepción— la papeleta más fácil; guarnecer las tres posiciones intermedias.

Cuando visitéis la sierra de Alcubierre —en esa peregrinación de postguerra que nos hemos prometido todos los españoles— no dejéis de ver las “intermedias”. Son tres pequeñas posiciones que aseguran el enlace de la primera línea con el pueblo de Leciñena, y sirven para proteger la carretera, que buena falta hacía por entonces, pues a pesar de nuestra presencia, no era raro que los coches que circulaban fueran tiroteados y aun “bombardeados”.

Me presenté a Mayoral, en la principal de ellas; un arquetipo de parapeto, que sentiré sea derruido, pues con ligeras adiciones a su confort primitivo puede constituir una originalísima casa de campo. Y poco después me fuí a la “mía”; otro parapetillo, bien establecido, con su alambrada y todo (lujo en el frente de Aragón) en lo alto de un mogotillo que domina bastante terreno, y avalorada con la intermediación de una batería del 7’5, que en la cresta del barranco apuntaba a la “Imposible”.

La Imposible era una posición roja, clavada en la misma línea de nuestras avanzadas, y así llamada porque su situación —la establecieron cuando Durruti llegó con sus primeras hordas, en pretensión de “tomar café en Zaragoza” — se consideraba inaccesible.

Pero no importaba; a su derecha y a una distancia inverosímil por lo breve, estaba “San Simón”. San Simón es la posición de más fama en la sierra; y tiene por qué. San Simón es un sargento de mi Bandera; pequeño como un ratón, vivo como una lagartija y valiente como el Cid. San Simón, con cuatro legionarios que quedaron vivos de su pelotón, tomó aquéllo, y por eso se llama San Simón ese montículo, pasaría desapercibido en cualquier topografía decente, y que, sin embargo, es papel blanco para escribir muchas páginas de la Historia de España. Preguntar a cualquiera de los falangistas de Losaló, que saben algo de la sierra.

Por cierto, que el propio San Simón me contó un sucedido que tiene gracia.

Quiso la suerte que a su sección le correspondiese guarnecer la famosa posición. Y que uno de los falangistas de los que la ocupaban, al

hacer el relevo, se creyeran en el caso de ponerle en antecedentes, sin conocerle.

—“Esta posición es “San Simón” —le dije— No sabe usted lo que costó tomarla”

Y San Simón, sonriendo socarronamente, contestaba:

—“Un poco, un poco”.

Y se acordaba de aquella tarde en que el general Urrutia le clavó en el pecho las sardinetas de brigada. ¡Ya lo creo que lo sabía!

Pues bien; mi posición tenía un pequeño inconveniente. Y era el juego de las cuatro esquinas a que se entregaba la artillería todos los días después de comer. Primero era un mortero —de la “Imposible” a “San Simón” — luego otro, y otro.

Luego una llamada telefónica.

—“Dicen de “San Simón” que los están friendo; tiren ustedes”.

El capitán de artillería tocaba su pito; se desfundaban las piezas y “mi” batería hacía fuego sobre la “Imposible”. Era puntería fija, fuego rasante y muchos meses de corregir el mismo tiro. No fallaba una; y callaba el mortero.

Pero entonces empezaba la contrabatería desde Alcubierre. Dos piezas del 10’5 y una “nicanora” la tomaban con nosotros. Con nosotros porque como la batería del 7’5 estaba bien oculta, nos metían todos los pepinazos en mi posición.

La primera tarde fueron ciento treinta; ahora que, dando gracias a Dios, no explotaban ni por casualidad. Aquella tarde sólo lo hizo una; una granada del 7 que nos cortó el teléfono. Así, pude enviar a Mayoral un enlace con este parte, que aun creo conserva:

—“Han caído ciento treinta granadas, que supongo enemigas, rompiendo el hilo del teléfono. Los hilos de nuestras existencias siguen sin novedad”.

Luego, venían los artilleros y recogían las inofensivas granadas. Muchas de ellas, con espoletas más activas, salieron luego de cañones nacionales. Y dos, que fueron las más cercanas a mí en su caída, figuran intactas en mi colección de trofeos.

Pasada la lluvia artillera, podía irme un rato a la posición de Mayoral. Allí, con él, nos reuníamos Villarreal, Martínez de Arija, Losada —que venía de la posición número dos— y yo. Merendábamos, jugábamos al póker (¡cuanto dinero me costó aquel parapeto!) y paseábamos por los sabinos inmediatos.

Hacía calor, y todos (menos Losada y yo, que queríamos ocultar nuestra desmedrada

constitución) usaban como traje unos ligeros taparrabos; así vestidos y con aquellas impo- nentes porras de sabina que hicimos, parecíamos hombres primitivos, dispuestos a cazar, a palos y pedradas, algún diplodocus; que el paisaje, bien se prestaba a tales elucubraciones.

También hacíamos versos; romances idiotas, como aquel que describía la aburridísima vida de parapeto y decía:

... ..
En cuanto la luna riela
pintando hormigas y abastos,
de cenas mal digeridas
que murieron a mis manos,
me acuerdo de mi morena
que está en el río lavando.
¿Cuándo me darán permiso;
alegría en papel blanco?

... ..
O aquel otro que describe tan a lo vivo las emociones de un combate ofensivo y traslada al reino de la poesía la amazotada prosa de los reglamentos tácticos.

... ..
¡Vamos adelante, vamos!
¡Vamos a por ellos, chicos!
¡Vamos adelante, vamos!
hasta que yo toque el pito,
y entonces, tirarse al suelo
que está cerca el enemigo.
Ya están todos por el suelo
en decúbito supino,
que viene la aviación.
Aves de volar cansino,
golondrinas que excrementan
suciedad de muchos kilos.

... ..
También salíamos a pasear por la carretera. Allí sentados en los poyos, contábamos casos y cosas. Juanito Villarreal nos contó cómo en los primeros días del Movimiento, en sus islas Can- narias, entre él y otro falangista, conquistaron cierta ciudad de veintidós mil habitantes.

—“¿La cercasteis?”— preguntaba Mayoral.

Yo, para no ser menos, les narré un sucedido de los primeros azarosos días de Zaragoza. Es rigurosamente cierto.

Estábamos en Castillejos; entraban y salían camiones y hombres. Tiempos heroicos en los que había que dominar chispazos en los pueblos cercanos a la capital. Y en la capital misma, como todos sabemos. El general dispuso que las muchachas de falange cachearan en la calle a las mujeres sospechosas.

Y una tarde aparecieron en el cuartel tres de ellas, orgullosas de su presa. Una mujercica humilde de aspecto, con su pañuelo a la cabeza; parecía no haber roto un plato en su vida. Pero

sus aprehensoras esgrimían un documento com- prometedor; un mugriento papel, en el que apa- recían en letra de máquina muchos nombres y domicilios de personas conocidas. Acotadas a lápiz, con pésima letra, las pruebas de la conju- ra.

—“A las ocho en punto”.

—“Por debajo de la puerta”.

—“Por el ventanillo”.

Casi en volandas, compareció ante el hoy general Urrutia. Y, ante su severa mirada, se atrevió a disculparse.

—“Sabe Usía; como yo reparto el “Heral- do...”

No me quisieron creer. Pero muchos de los lectores pueden dar fe de que es rigurosamente cierto.

Y seguíamos con los romances:

... ..
Las máquinas son cigarras
y los fusiles son grillos.
... ..
En el cielo un banderín
de sangre y oro flamea.
... ..

¡¡Perdónalos, Señor, que no saben lo que han- cen!! Este era el comentario de Juanito Villa- rreal. ¡Y que no presumía desde que se enteró de que era un objetivo para la artillería!

Porque también es cierto, lo creáis o no. Vil- larreal salió a cortar sabinas para hacerse un bastón, en la inocente compañía de su asistente y un sanitario; y le “paquearon” con una pieza del 7’5. Les fueron cerca los tiros y gracias a una covachuela en la que pudieron guarecerse.

Allá nos cogió la festividad del Corpus Christi. No todo había de ser frívolo en aquel relevo. Hubierais llorado de emoción si hubie- seis asistido a aquella sencilla misa que nos dijo el Pater; al aire libre, sobre una mesa; como mantel una manta, como cáliz una copa de cris- tal. Y para alumbrar a la Persona Divina, dos velas de sebo en botellas de cerveza. El capitán, los cuatro oficiales y todos los legionarios, bar- budos, sucios y silenciosos.

Al día siguiente buen humor otra vez. Vala- dés me gasto una broma. En mi posición tenía dos sargentos. Esteban, miope perdido; Sanabria (no sé si os he hablado de Sanabria), sordo co- mo una tapia a consecuencia de un bombazo, cuya representación gráfica es uno de los seis o siete galones que lleva sobre su manga izquier- da.

Pues esa mañana, al despertarme, me en- contré que “por orden del capitán”, estaban: Sanabria “escuchando” el paso de los aviones; y

Esteban “viendo” unas señales de banderas que iban a hacerle desde la posición principal. Lo “había mandado el capitán, y lo había dicho el sargento Valadés”.

* * *

Sanabria es un tipo pintoresco. Malagueño cerrado (la provincia de Málaga ha dado siempre un nutrido contingente de legionarios), ceceante hasta lo exagerado y graciosísimo contando cuentos y sucedidos. Durante los bombardeos de la artillería roja se refugiaba en mi chabola; y al mediano resguardo que nos ofrecía su “pared maestra”, me entretenía contando aventuras suyas o de “Chiroba” —un tipo malagueño, muy popular a su decir— o de otro paisano.

Una preocupación tenía, que alcanzaba el grado de monomanía. La “orza”; una vulgarísima tinaja que al lado de mi chabola contenía toda nuestra reserva de agua. Cuando cesaba un poco la chorreada de pepinazos, asomaba la cabeza.

—“A ve si me rompen la “orza” —decía.

El centinela, sentado en el parapeto como si aquello no fuese con él, con el desprecio de la vida que sólo saben sentir los legionarios, nos anunciaba a voces “lo que venía”.

—“Esta es del diez y medio ...” — gritaba.

Y seguía balanceando las piernas sentado en el parapeto. Sanabria y yo nos apretábamos todo lo posible a la pared. Y el estallido (si estallaba) o el golpe seco de la granada en el suelo de la posición, se mezclaba a mis carcajadas. Sanabria había terminado su cuento.

—“¿Ande vas Chiroba?”

—“A bailá er trompo, que los toro no me gustan...”

Fué una temporada de guerra chiquita, diría un morazo de los que acompañaban a Galera.

* * *

Y tan “chiquita”. No hacíamos más que divertirnos. El relevo nos divirtió mucho más aún; y después de unos días en Zaragoza, salimos aprisa y corriendo para Perdiguera otra vez.

Los rojos, por sorpresa, se metieron en el Monte Calvario, la posición que enlazaba Perdiguera y Leciénena, colgada de un cerro sobre el monte oscuro; tenebroso lugar draculesco, donde merodeaban los rojos.

Aquel golpe de mano amenazaba seriamente la seguridad de toda la sierra de Alcubierre, y hubo que anularlo reconquistando la posición sin esperar más. Allí fué otra vez la Columna Móvil.

“Mañana hay paridera,
porque lo manda Galera”.

Nos concentramos detrás de Perdiguera. El batallón de Carros, mi Bandera y los falangistas de Escribano. Por la derecha, hacia Farlete, funcionó la caballería. Y detrás de nosotros el 7^o como siempre.

A las tres de la tarde desplegamos. Avanzamos por el llano, sin hacer caso de la artillería roja, que tiró muy bien, justo es decirlo; pero con tan buena suerte para nosotros, como atestigua este detalle.

Entre los camilleros de mi sección (que iban separados aún) cayó un pepino del 15^o. No estalló; dió un rasponazo en el suelo y voló por los aires. Unos segundos estuvo zumbando sobre las cabezas de los camilleros. Al fin cayó, inofensivo, a sus pies. “Guerra chiquita”.

¿Para qué hablar más de aquella insulsa acción? Subimos, subimos —a mi sección le tocó en extrema vanguardia—. Nos silbaron cuatro balas, que conté, y arriba encontramos ocho milicianos, casi todos extranjeros. Cogimos una ametralladora y rescatamos los cadáveres de hermanos nuestros. Nos tumbamos en el suelo y a la media noche nos relevaron y volvimos a Perdiguera. Demetrio se quedó dormido y no apareció hasta la mañana siguiente.

Dos días después, ya despejada la situación nos volvimos a Zaragoza. Al montar en los camiones nos vieron los artilleros rojos y la emprendieron con nosotros. Es el relevo más rápido que he visto.

* * *

Luego, un mes en Zaragoza. El comandante nos confeccionó un horario y, por primera vez desde que era oficial, conocí el monótono servicio de cuartel. Por la mañana teníamos instrucción; salía toda la Bandera formada hasta la Gran Vía. Allí se hacía un poco de instrucción y volvíamos, desfilando con la banda de cornetas y tambores, que levantaba murmullos de entusiasmo por lo airosamente que manejaba las cornetas, al principio y fin de cada toque.

Luego, teníamos todo el día libre, salvo los de servicio; y llegamos a adocenarnos un poco en esa vida burguesa de bar y cine; mejor o peor acompañados, pues éramos muchos los indígenas en la Bandera, y los que no lo eran habían acabado por traer a sus familias.

En cuanto al servicio de los subalternos era sencillo; un par de guardias y otras tantas vigilancias cada quince días. El servicio de vigilancia era entretenido, porque nosotros (según averigüé el primer día, al presentarme al jefe de día), no teníamos nada que ver con la plaza; sólo con nuestros legionarios. Cuando yo estaba

de vigilancia me limitaba a salir un rato, después de cenar; por el arco de Cinegio a la calle de la Verónica; vuelta hacia Bureta, una vueltita por la Peromata y a casa. Encontraba en pleno a la Bandera.

Porque el oficial de guardia tenía mandado que nadie saliese del cuartel después de las diez. Pero no faltaban excusas (asistentes, enlaces, machacantes, ranjeros, permisos especiales) para que salieran todos. Además los alféreces rivalizábamos en dar facilidades. Era lógico que se divirtiese un poco aquella gente admirable que tanto hacía por la ciudad. Eran todos buenos chicos, zaragozanos o aragoneses en su mayoría.

Y si alguno, “mal aconsejado por González Byass”, como dice Portolés, se extralimitaba un poco, no faltaba quien fiase por él. A los legionarios de la segunda Bandera se les quería y se les querrá siempre en Zaragoza.

Ved un ejemplo. Un día que yo estuve de guardia, a las once de la noche, cuando me disponía a tumbarme, me despertaron dos guardias de Seguridad.

Me saludaron, y ante mi invitación, uno de ellos empezó a explicar algo que por sus maneras me pareció delicado.

—“Verá usted, mi alférez. No es más que para que lo sepa usted. La cosa no trascenderá pero no queremos dejar de decírselo...”

Hasta que apremiados, dejaron los circunloquios y el más decidido dijo:

—“Pues que unos legionarios de su Bandera que estaban cenando en un bar, han derribado un tabique involuntariamente...”

Me parece que demostraron diplomacia. Y es que en el campo siempre andaban juntos en todos los tiros, legionarios y guardias de Asalto.

V ALBARRACÍN

Los últimos días de aquella temporadita de descanso los pasamos acuartelados.

Y el día 6 de julio salimos hacia la provincia de Teruel. En un larguísimo tren militar. El coronel Gazapo, con su habilidad característica para poner contentos a los hombres que dirige, había dicho a nuestro comandante:

—“No tendréis ni que bajar del tren; en cuanto oigan los rojos que viene la segunda bandera huirán...”

Y el vaticinio corría de boca en boca.

—“Dice el coronel Gazapo que ni bajar del tren”.

Pero ya en Monreal del Campo tuvimos que apearnos unos cuantos. Alguien había colocado unos petardos en la vía y era preciso retirarlos. El capitán Rivera se ofreció voluntario para dirigir la expedición; yo para acompañarle y un legionario asturiano que conocía la dinamita para retirar lo que fuese, aunque hubieran interceptado la vía con una de las calderas de Pedro Botero.

Salimos en una locomotora hasta el lugar del primer petardo; el segundo lo había retirado ya un teniente de la Guardia Civil. El petardo era un aparato precioso en su género.

Una caja de madera, colocada debajo del carril y disimulada con el mismo balastro —me asombraba que los guardias de servicio hubieran reparado en ella— y con tres contactos de cobre, que al no llegar a tocar en el carril habían sido calzado con pedazos de cartón, hasta conseguirlo.

El dinamitero comenzó a manipular en ellos. Rivera y yo, de rodillas a su lado, le íbamos aconsejando.

—“Quita esos hilos que salen de la pila”.

—“No hace falta, mi capitán”.

Descalzó tranquilamente uno de los contactos; y otro. No pasaba nada. Pero mi ángel de la guarda me inspiró que debía fumar un cigarrillo. Saqué la petaca y ofrecí uno a Rivera (siempre tiene conmigo la broma de que no le he dado un cigarro jamás) y nos retiramos a encenderlo a la parte baja del talud.

Una sacudida enorme nos tiró al suelo; vimos un resplandor, oímos una detonación, y cuando nos pudimos poner en pie vimos la vía levantada en un trozo de tres o cuatro metros. El dinamitero yacía sin cabeza, muerto.

Volvimos a dar cuenta. Se reparó la avería rápidamente y la Bandera siguió a su destino, cantando, siempre cantando. El tren que cruzamos se llevó al cementerio de Zaragoza el cuer-

po de un héroe anónimo más, había muerto por salvar a sus compañeros.

En Cella empezó “la paridera”. Allí supimos que los rojos habían ocupado unas alturas sobre Albarracín y se habían colado en esa ciudad. La guarnición se había refugiado en la catedral y, dirigida por el capitán Guinea (acordaos de Santa Quiteria), resistía. Se había sabido por un teniente de Intendencia que llevaba un convoy, que no pudo entrar como es lógico.

Para libertar Albarracín se formaron dos columnas. La *de la derecha* mandada por Montojo y compuesta por la compañía de ametralladoras (en la que yo prestaba servicio hacía unos días), y una sección seguiría en camiones hasta el kilómetro 20; allí tomaría una posición y esperaría a que la *de la izquierda*, compuesta por el resto de la Bandera, llegase por el otro lado del río. Luego, todo fácil.

Salimos en los camiones, y con el ligero peligro del cañoneo a la altura de Gea —los rojos tenían en los Montes Universales varias baterías y en un monte un observatorio, desde donde, al decir del comandante Frutos “nos contaban los botones desde que salíamos de Zaragoza” — llegamos al kilómetro 20.

Cuando estábamos descargando el material, completamente descuidados, nos llegó de pronto una ráfaga de ametralladora, que nos hizo dos bajas. ¿De donde venían aquellos tiros? Nadie sabía contestar; pero el hecho es que nos tiramos todos al suelo y que, poco a poco, pudimos retirarnos, con los heridos y todo el material, hasta un barranco desenfilado.

Por él subimos y ocupamos una posición bastante buena, desde donde podíamos batir, de igual a igual, a los rojos. Allí estaba el teniente de Intendencia que diera la voz de alarma. Nos relató su odisea; tuvieron que retirar a brazo un blindado, que se estropeó cuando más falta hacía, y que pesaba trece toneladas. Y allí había seguido esperándonos a nosotros. Por algo cantaban sus soldados ese himno (el capitán lo destroza con su malísimo oído) para su uso particular:

“Puede dormir tranquilo
este trozo de Aragón,
porque lo defienden
los soldados de Intendencia
que tienen por emblema el sol.

Toda la tarde estuvimos esperando inútilmente, ver aparecer la bandera por los llanos del otro lado del Guadalaviar. Al anochecer me envió Montojo a inquirir noticias al puesto de mando, que según habíamos quedado estaría establecido en la casilla de camineros del kilómetro 19.

Allí supe que la columna de la izquierda tenía dificultades para avanzar, pues el enemigo no era tan escaso como se suponía; pero al amparo de la noche (que se echaba encima a pasos agigantados) se establecería en unas alturas frente a nuestra posición.

Volví a Montojo y establecimos un servicio de vigilancia, por lo que pudiese ocurrir. Y a las once de la noche, cuando yo tranquilamente, sentado con Soler, Marchena y otros sargentos, mientras Montojo dormía, sufrió la Bandera el primero de los cinco ataques que aguantó antes de libertar Albarracín y donde se derrochó munición por ambas partes. Ataques que, a mi juicio, dejaron muy atrás a los que yo conocía del frente de Madrid.

Primero una bomba de mano; luego otra y otra y otra. Y luego un tiroteo infernal, componiendo un poema musical como no soñó Wagner, en el que el crepitar de los fusiles formaba la melodía de acompañamiento de bombazos incesantes. Todo esto, en un frente de un kilómetro. Por nuestra parte tres compañías; los rojos unos doce mil, según supimos luego.

Los de la derecha del río no podíamos hacer nada. Desconocíamos la situación de las fuerzas y no podíamos hacer fuego, exponiéndonos a ametrallar a nuestros propios hermanos. Por eso estuvimos, sin tirar, mirando con los ojos bien abiertos y escuchando aquella apocalíptica zarabanda, durante un par de horas. Luego, cesó todo; el ataque había sido rechazado.

Pero no pudimos dormir. Cuando íbamos a hacerlo, nos llegó la orden de bajar todo el material para ir al otro lado del río (habían rechazado el ataque sin ametralladoras) y allá fué la sexta Compañía, por barrancadas abajo, en una noche oscura si las hay.

* * *

A la madrugada estábamos al otro lado del río. Montojo se estableció, con la mitad de la Compañía, en una loma más alta que dominaba casi todo el frente y a mí, con cuatro máquinas, me envió a otra más avanzada, para proteger a la Catorce, que (cómo no) ocupaba las posiciones de mayor responsabilidad.

Por un barranco bastante pesado subimos a la posición; era ésta un montecillo que dominaba el barranco que nos separaba de las posiciones rojas. También los rojos tenían dos líneas de posiciones; la primera en unas alturas análogas a las de la Catorce y detrás unos picachos, de cuyos nombres siento no acordarme.

Detrás de aquel monte (montazo, dijimos al coronarlo, días más tarde) estaba Albarracín, y con esa ciudad la interrogante que nos preocupaba. ¿Resistía Guinea? No se oía artillería; y el

fuego de fusil no podíamos percibirlo por la distancia.

La posición era de lo más primitivo. Sin más defensa que el camuflado de las carrascas y unos esquemas de parapeto que habían construido los legionarios hurtando minutos al sueño. Cuatro piedras amontonadas en definitiva.

Emplacé las máquinas y el día transcurrió relativamente tranquilo. Relativamente, porque delante del mal tenderete que servía de puesto de mando (allá estaban Mayoral y Coloma conmigo) era incesante el pasar y transpasar de camillas. Chorreo continuo de heridos y muertos, en ese paqueo intrascendente de las situaciones estacionarias.

Coloma y Mayoral discutían sobre la imposibilidad de avanzar a menos de recibir refuerzos. El Estado Mayor estaba en ello y, mientras tanto, habíamos de resistir. No era una operación tan sencilla (luego supimos que los sitiadores de Albarracín llevaban más de cien armas automáticas, contra nuestras ocho viejísimas Hotchkis) pero se haría.

Al anochecer estaba reventado y pedí una camilla para dormir. Demetrio me envolvió en las mantas que arrastraba siempre y me quede profundamente dormido. Cuando desperté, sacudido por Purroy (el enlace) ya se había armado el "cacao".

¡Y que cacao! Un festejo idéntico al de la noche anterior, con miles de disparos y cientos y cientos de bombazos. Me levanté escapado.

Coloma estaba con los suyos. Mayoral, responsable de nuestra posición, corría de un lado a otro con la pistola en la mano. Yo atendía al municionamiento de las ametralladoras y corría de una a otra. Cada vez que pasaba por el puesto que tenía establecido (bendije mi previsión) para rellenar los cargadores vacíos que iban trayendo sin cesar, veía orgulloso como los cuatro legionarios que tenía encargados de este importantísimo servicio, sentados en el suelo, recargaban peines y peines, en silencio, sin el más leve gesto que denunciase ni siquiera preocupación ante la lluvia de balas que caían a su alrededor.

De todas partes llegaban heridos; unos por su pie, otros acarreados en camillas, por Matute y Vicente, los maravillosos camilleros de la Catorce, que ya están en el cielo descansando de pasadas fatigas, y cuyas efigies copiará algún escultor el día que haya de elevarse un monumento a los mejores camilleros de todas las guerras.

Purroy, mi enlace (pamplonés, criado en Logroño y con diecisiete años mal cumplidos) parecía una lagartija. Siempre a mi lado cuando lo necesitaba, atendía a todo. Retiraba heridos,

cargaba cajas de munición y corría de los parapetos al puesto de mando, siempre con una bomba dispuesto a matar rojos, con el mosquetón caliente de tanto disparar y una sonrisa en los labios. Cuando entramos en Albarracín ya lucía los galones de cabo que Montojo le colgó a mi propuesta.

Palacios, el viejo sargento encargado del “Pelotón”, con su eterno trago de vino en los labios (navarro y de Olite) subía mulos y más mulos cargados de cartuchería y bombas. Así una hora y otra.

Al fin, la potente voz de Mayoral se dejaba oír.

— “¡¡¡Alto el fuego...!!!”

Y en los parapetos, oficiales y sargentos repletían:

— “¡¡¡Alto el fuegoooo...!!!”

Unos minutos más tarde se hacía la calma otra vez. Y entre nubes de un acre humazo de pólvora, los legionarios se envolvían en las mantas para dormir un rato. Los rojos no se habían salido con la suya.

Y no es que no se acercaran. Que una noche (fueron cuatro las noches que “in crescendo” se repitió el ataque) a un sargento de la quinta compañía se le llegaron, al resplandor de los bombazos, cuatro milicianos a pedirle munición. Un cargador de pistola entero y verdadero les dió; y allí quedaron los rojazos, patas arriba, como prueba de que no se tiraba en balde.

Cuatro noches. Cinco veces me despertó Puroy, porque mi sueño resistía aquel estruendo; cinco ataques rojos, desesperados, rabiosos.

Ciento setenta y cinco mil cartuchos, doce mil bombas y trescientas bajas por nuestra parte, según me dijo Losada que empezaba a ser ayudante.

Campillo (ya os hablé de él) llenaba los epílogos de cada noche. Cuando cesaba el ataque y los rojos, convencidos de su impotencia se retiraban, Campillo lanzaba al viento de la oscurísima noche, sus bravatas.

— “Venid aquí —gritaba—, esos canallas que os dirigen os están engañando miserablemente. Pasad a nuestras filaaaaas”.

Y algún comisario político rojo, dándoselas de erudito, le respondía:

— “Los engañados sois vosotros. Las reivindicaciones del proletariado...”

No terminaba nunca. Campillo odiaba a los “intelectuales”, y cortaba rápido:

“¡¡Bandidos, canallas, hijos de tal..., fuegooo!!!”

Desde luego que no sabía lo que eran reivindicaciones; ni quería saberlo.

El pobre Barrenengoa murió como un valiente, de un bombazo; y Sanz de un tiro, y muchos otros legionarios; que legionarios éramos todos en el peligro.

Pero se nos había dicho que esperásemos refuerzo. Y esperámos.

* * *

Fernando Zamora era “un caso”. Un caso de valor y de tranquilidad, como no se ven muchos. Uno de aquellos días (no recuerdo cuál) le mandaron hacer un reconocimiento hacia la paridera más inmediata. Siempre parideras en el frente de Aragón.

Salió con su sección como a un inofensivo paseo. Y cuando estaba al lado de la paridera los recibieron con un “chorro de tiros” como para desorganizar a la vieja guardia de Napoleón. Se refugiaron como pudieron y aguardaron la noche, ya próxima, para retirarse. Fernando se retiró el último, como era su deber, y se despidió.

Tanto que a las dos horas de llegar el último miembro de su sección, que retiró integra, no había aparecido aún. “Ramillite”, el cabo que tanto le quería (meses más tarde murió Fernando en brazos de “Ramillite”) se ofreció voluntario para traerlo vivo o muerto.

Cuando estaba llenándose los bolsillos de bombas para salir en su busca, apareció Zamora. Venía envuelto en su Mac. Farlan, y dijo por todo comentario:

— “Buenas noches, ¿qué hay?”

Era “un caso”.

* * *

Creo que he hablado de cuatro noches y cinco ataques. Y no hay “lapsus”, porque es que la última noche (la del día 12) fueron dos. Uno a la hora de costumbre y otro, el más desesperado y furioso que yo recuerde, dos horas más tarde.

El día 12 habían llegado los refuerzos. Un batallón que mandaba el comandante Mediavilla (a quien hirió un balazo aquella misma noche, en el puesto de mando; cosa que no nos chocó después, porque las posiciones rojas dominaban las nuestras de tal modo, que hasta el puesto de mando estaba enfilado y batido) y nuestra inseparable Me-hal-la de Tetuán.

Además trajeron muy buenas noticias. Había venido mucha fuerza y andaba operando por el otro lado del río. Nos hablaron de la cuarta Bandera y del Batallón de Mérida, entre otras fuerzas escogidas. Primeramente dijeron que esas fuerzas (que iban muy adelantadas en su avance) cogerían por detrás aquellas posiciones que nos traían de cara; pero más tarde se decidió

que seríamos nosotros los que entrásemos en Albarracín.

Por la tarde, subieron los jefes de la Me-halla a mi posición. El comandante Hernández (que con la estrella en fondo negro y su cara y ademanes de niño, tomé por un alférez provisional), el simpatiquísimo Galindo y el estirado y pulcro Romero. Con Frutos y mis capitanes estuvieron reconociendo el terreno; y aunque no me lo dijeron (yo rondaba curiosamente todos sus gestos) averigüé que al día siguiente entraríamos en Albarracín.

Aquella noche, como ya he dicho, fueron dos los ataques. El primero fué rechazado, “según costumbre”; pero el segundo, sin duda, chocó algo más, porque el comandante llamó al teléfono. Yo era el oficial más cercano en aquel momento y le puse en antecedentes.

— “Se repite el ataque, mi comandante. Pero parece menos fuerte que el anterior”.

Cuando di cuenta a Mayoral de mi opinión sobre el “festejo”, se indignó.

“¿Más suave? —bramó— ¡Los... riñones y un palito! ¡Esto te parece suave!”

Fué el más fuerte de todos. Siempre me equivoco. Para eso soy alférez.

* * *

Aún no se había disipado del todo el humazo de la “Cheditta”, cuando se inició el clarear y empezó la acción. La artillería —7’7, como siempre— empezó a corregir el tiro. Los legionarios fueron despertando de su sueño de minutos y los morazos de Galera se deslizaron (como sólo los moros saben deslizarse) hacia su punto de partida. Ellos atacarían por la izquierda, mientras la Bandera subía de cara, empezando por las parideras en que tan mal se había recibido a Zamora.

Montejo llegó con el resto de mi Compañía. Le tenía ya preparados los emplazamientos para las máquinas, y se hizo cargo de toda la base de fuegos.

La artillería empezó a zumbar de recio, pero los “rogelios” parecían dormir aún. Nada denotaba que esperasen aquel ataque por nuestra parte. Calor que no tenían idea de que hubieran llegado los refuerzos (en sus cinco ataques no habían oído más que el himno de la Legión) y no les cabía en la cabeza que la segunda Bandera se decidiera a echárselos encima, ella sola.

Con la salida del sol se lanzó adelante la Bandera. Allí fueron los legionarios, conducidos por Mayoral, Coloma y Negueruela (Marra estaba herido de la noche anterior, igual que Escobar y Martínez de Arija) y de la primera

embestida se plantaron en el mismo borde del carrascal.

Montejo, con sus gemelos, me señaló los objetivos. Cantaron las máquinas y pronto empezaron a descubrirse las de los rojos. Primera y segunda línea eran un hervidero de ametralladoras rusas (con cintas de 250 cartuchos) que barrían, sin que consiguiesen acallarlas los repinazos magníficos de nuestra artillería.

Las pocas piedras que nos protegían soltaban chispazos incesantes, ante la lluvia de balas que se nos venía encima. Virgilio tiraba y tiraba, empalmando cargadores, sin reparar en el humo que despedía el cañón de su vieja ametralladora. Yo corría de un lado a otro, bordado por las balas; en cada máquina me recibían, satisfechos de haber descubierto a su antagonista.

— “Mire mi alférez. Allá, detrás de aquellas matas...”

Y tiraban, tiraban como locos. Pero el fuego enemigo, en vez de callar, era cada vez más intenso. De nada servía la lluvia de granadas de artillería.

Las compañías de fusileros estaban allá, preparadas para dar el salto que les permitiese hacer uso de las bombas. Las parideras que constituían el primer objetivo ¡estaban tan cerca! Pero también allí, un par de ametralladoras vomitaba muerte sobre los legionarios. Tres veces fuí al puesto de mando, llamado por el comandante Galera y él miraba con los gemelos. Y pedían sin cesar “más artillería”, esperando el momento de que los nuestros pudieran despejarse y ponerse cerca del enemigo. De sobra sabían que una vez al alcance de las bombas entrarían en Albarracín.

Hacía mucho calor. Y de ametralladora en ametralladora pedía algo de beber. Todas las botas de los sargentos y legionarios sufrieron aquel día mis “tientos”. Por nuestra intermediación pasaban, veloces, las camillas y camilleros. También nosotros sufríamos bajas. En el material (máquinas de 1918) que se inutilizaba, y las más dolorosas, del personal, que se clareaba por momentos ante aquella chorreada de proyectiles.

También los rojos empezaron con su artillería. Y el humo de nuestro incesante disparar les ofreció un magnífico blanco. Llovían las granadas del 12’40 (una de ellas hirió a Marchena) y sus silbidos nos animaban a hacer arriesgados “plongeones” en cualquier zanja, con agilidad impropia de hombres hechos.

En una de aquellas fantásticas “estiradas”, coincidí con Montejo en un agujero; y aun tuvo humor para comentar.

— “¿Eh, Cavero? Mixto de oficial de ametralladoras y portero de fútbol”.

Y nos sacudíamos la tierra que nos había cubierto, riendo a carcajadas, en medio del combate. La segunda Bandera es así. Le conté lo que me decía Sanabria dos noches antes. Un bombazo le cogió de lleno y, aunque respetó su vida, le dió tal voltereta que lo lanzó un par de metros al aire. Yo, que estaba en su inmediación, le recogí; y manando un hilillo de sangre por la boca me dijo:

— “Ya ve, mi alferé; hasiendo la pava...”

Hace pocos días que estreché su mano; lleva en la manga un galón más.

* * *

Aquello iba languideciendo. El 77 dejó de tirar, sin saber nosotros por qué; y el fuego de los rojos era mucho más soportable. Pero la situación no había cambiado. Y era más de mediodía.

En el puesto de mando (fuí varias veces como he dicho) había malas caras. El teléfono llamaba sin cesar y el mando inquiría.

— “¿Por qué no avanzan?”

Y Galera y Frutos contestaban. Hacía falta más artillería y aviación; aunque los bombazos de su visita matinal sacudieron la tierra en varios kiló metros a la redonda.

Mayoral, que era el capitán más antiguo, envió un parte. Era materialmente imposible avanzar. Montojo a mi lado, cobijado del sol por una manta, no reía ya. Las balas ¡que importaban!, Pero no podía hacerse a la idea de que la Bandera no consiguiera su empeño.

Los cabos de máquina, sin tirar un tiro, con el cargador preparado, esperaban algo; esperaban ver aparecer en el barranco a los primeros legionarios para volcar su carga en los parapetos rojos. Pero no se movía nadie. Sólo veíamos camilla y más camillas que aprovechaban aquel claro para retirar las numerosísimas bajas. Montojo, Hernández Dorado y yo, también mirábamos, descaradamente, sin recatarnos ya; teníamos fe en nuestra Bandera. Tenía que pasar.

¡Y pasó!! Campillo (el heroico brigada Campillo, propuesto para la Medalla Militar) lo hizo. Sencillamente; se puso en pie, lanzó a los aires un vibrante ¡¡VIVA ESPAÑA!!! y echó a correr hacía el enemigo. Cuatro pasos después, una ráfaga traidora acabó con su vida.

Pero ya estaba hecho todo. Zamora siguió su ejemplo. Y todos los legionarios se levantaron como un solo hombre. Los vimos salir corriendo por el barranco. Y ya, sin resguardarnos, de pie en el parapeto, electrizados, sacamos las máquinas adonde pudieran batir mejor y tiramos sin cesar.

Tiramos y entre el humo vimos arder las parideras de pesadilla. Y cuando el humo nos cegaba podíamos oír los bombazos, ¡música celestial para nosotros! Vivas incesantes, fuego infernal, carreras a traer munición y tragos y más tragos de las ya flacas botas.

Media hora después de iniciarse esta zaramba nos dimos cuenta. No nos llegaba un tiro ni medio. No se oía nada más que bombazos, cada vez más lejanos. Y el himno de la Legión, repetido por el eco de aquellos imponentes cabezos.

Montojo decidió que allí no había ya nada que hacer; recogimos el material y a escape no fuimos adelante.

* * *

No había mulos, porque todos estaban ocupados con las artolas o acarreado munición a las primeras líneas. Cargamos el material al hombro y allá nos fuimos, hacía Albarracín. Mi sección salió la primera, conmigo; Montojo vendría con el resto cuando se reuniese toda la compañía.

¡Vía dolorosa era aquel barranco! a derecha e izquierda pardeaban al sol los cadáveres de legionarios, que supieron morir como siempre. El sargento Soler, que venía a mi lado, les dedicaba un responso legionario.

— “Bien hacían cuando se divertían en Zaragoza”.

Atravesado sobre un mulo traían un cadáver, bastante destrozado por treinta o cuarenta balas de ametralladora. Era Sorrosal, el alférez que se había incorporado pocos días antes de nuestra salida de Zaragoza. Le recé un padrenuestro y el acemilero me dijo que más tarde iba a retirar el de Eloy Fernández. Otro alférez recién incorporado, herido dos veces en los ataques nocturnos y que seguía sin querer evacuarse hasta que dio su vida por la bandera.

Soler me hizo ver que en la segunda Bandera “lo difícil es salir vivo del primer combate”; me acorde de Santa Quiteria.

Me crucé con un herido, un cabo de la Catorce. Que tirando con su fusil ametrallador se cargo a catorce rojos con su teniente, y a cambio se había abrasado las manos. Me dijo que Guinea estaba ya libre y Albarracín era nuestro. Era trece y martes; como el día de Santa Quiteria. Decididamente San Antonio tiene algo que ver con mi Bandera.

Luego, después de subir y subir por montes y cañadas, llegamos a lo más alto de aquella montaña. Allí estaban Galera y mi comandante, haciéndose cruces (como nosotros nos las hicimos) de que hubiera llegado vivo alguno de los asaltantes; desde allí se dominaba perfectamente

todo el panorama que constituía nuestras bases de partida.

No habíamos comido nada en todo el día; y como el calor apretaba seguí dando tientos a las botas legionarias. Por eso no os chocará que diga que: cuando llego Montojo y nos descolgamos hacía Albarracín, tuviéramos dos alegrías. La del triunfo y la natural de unos hombres que habían bebido todo el día.

Para acabar de complicar las cosas, en la posada donde nos alojamos se presentó Rivera con una botella de coñac, último líquido que quedaba a los defensores de Albarracín, y que nos regalaron como agradecimiento. Dormí doce horas de un tirón.

* * *

Al día siguiente nos dedicamos a visitar Albarracín. Y a hacer comentarios; Losada trabajaba silencioso en su parte de operaciones. El hecho de armas del anterior día entraba de lleno en dos o tres artículos de la Laureada de San Fernando; y, después de muchas enmiendas y tachaduras, el comandante firmó el parte y la solicitud de una Laureada colectiva para mi Bandera.

Paseamos por todas aquellas callejas, donde los moros de Galera se encontraban con algo de sus antepasados. Aun, por la mañana, fuimos el maestro armero y yo llamados urgentemente porque en una casa quedaban rojos escondidos; pero consiguieron huir.

Sin embargo fueron muchísimos los presentados, que aprovecharon el desbarajuste de la huida roja para esconderse y pasarse a nuestras filas. Eran hombres de aspecto pacífico, movilizados forzosamente. Los otros, los rojos de verdad (la “Columna de Hierro”, a la que derrotábamos por tercera vez) huyeron atropelladamente, dejándose cuatrocientos cadáveres en los pinares, donde los de la Me-hal-la les cogieron la vuelta. De estos rojos convencidos solo nos quedo una profusión de ejemplares de cierto periodiquillo, cuyos titulares recuerdo perfectamente.

— “AHÍ TENEIS ALBARRACÍN. ¡¡ADELANTE MARCELO!!” — rezaban.

Y a continuación la vera efigie de Marcelo; un carpintero de Cuenca, viejo y barbudo, embarcado a comandante rojo.

Su asistente dijo ser uno de los pasados. Un infeliz que se arrugaba ante las preguntas del comandante Frutos y al que acompañé a buscar una manta que dejara olvidada en un barranco cercano.

* * *

El día 15, por la tarde, vinieron a buscarnos los camiones. Y dando vuelta por Cella fuimos a parar al otro lado del río, a la Masía de Toyuela; típica casa de campo de aquellas serranías que, durante mucho tiempo había sido punto obligado de incursiones nocturnas por parte de rojos y azules. Así estaba ella.

Allí, en la amable compañía de unas sabinas pasamos una buena noche en paja larga, recién segada, y en un tenderete de cubrecargas y mosquetones, que ya sabía yo edificar. Por la tarde del día 16 volvieron los camiones y nos llevaron otra vez a Albarracín.

Las fuerzas que operaban por la derecha del Guadalaviar seguían avanzando mucho. Estaban ya por Bronchales (te agradeceré, lector, que consultes un mapa, para apreciar lo que te narro) y nosotros, según supe, íbamos a cooperar con ellas, formando una bolsa. Una de esas bolsas que tanto han acreditado los cronistas de guerra. Desde Albarracín íbamos a ocupar un monte llamado “El Coscojar”, para, desde allí, batir la única carretera que les quedaba a los de Marcelo en su huída.

Fué otra operación sencilla. La única novedad era la actuación de los tiradores de Ifni, a los que, por primera vez vi aquel día. Eran unos morazos de tez más oscura que los de Galera. Más creyentes y más alborotados; más moros, en una palabra.

A ellos les correspondió la extrema vanguardia. Pasaron de uno en uno por las manos de un Santón que les bendecía, sin duda, en árabe. Y cuando el capitán suyo hizo sonar el pito, dando unas voces horrisonas (sobre todo para los rojos), se lanzaron en vertiginosa carrera, inverosímilmente agachados sobre el terreno; dando la sensación de que corrían con el vientre pegado al suelo y que sobre aquella teoría de multicolores chilabas, volaban unas babuchas.

Luego, salieron por la izquierda los míos, con Losada a la cabeza. No hubo apenas resistencia y enseguida mandaron a decir que se habían ocupado los parapetos, aunque desde ellos no se veía carretera de ninguna clase.

Yo fui destacado con tres máquinas, a pasar la noche allá. Estaban bien acondicionados los parapetos en tantísimo tiempo de ocupación pacífica por los rojos. Leí muchísima prensa roja y desprecié bastantes novelas pornográficas (los parapetos estaban sembrados de femeninas prendas íntimas) y vi el cadáver del único flamenco que había hecho cara a la segunda Bandera.

El capitán Rivera, jefe de la posición, me enseñó orgulloso el recuerdo de la acción; la entrada y salida de un balazo que le atravesó el bolsillo del pantalón. Luego, dormimos tranquilamente; casi tranquilamente, porque a la

media noche se oyeron unos bombazos lejanos. Eran los de Ifni, que habían dado con la carretera y con un camión que por ella circulaba; y lo hicieron migas. Pero dije a Purroy que aquello no me interesaba y, dando media vuelta, reanudé mi sueño.

* * *

Después de esta insulsa operación, volvimos a la Masía de Toyuela, donde en compañía de los de Asalto, formamos la retaguardia de la famosa columna que estaba reconquistando la sierra de Albarracín, durante tres o cuatro días.

El capitán Rivera los aprovechó bien, pues la caza abundaba; y, sobre colchas “habilitadas para manteles” (os haría gracia ver el ingenio que despliegan los cocineros de la Bandera para improvisar servicios de campo), comimos varias perdices y algún conejo.

El capitán Pastor no pudo dedicarse a sus cacerías de caracoles, porque no los había; tampoco yo hice versos, porque las tres o cuatro carrascas de aquella finca triguera no inspiraban lo más mínimo.

Luego, una tarde, llegó un comandante de Estado Mayor y tuvo cabildeos con nuestro comandante. Al día siguiente teníamos “paridera”. Una paridera sin un solo tiro, pero pesada si las hay.

Salimos a la madrugada, y durante todo el día, sin más parada que una media hora que invertimos en comer al pie de un pino, recorrimos la sierra, concienzudamente. Al anochecer oímos tiroteo lejano y, sin resistencia, entramos en Torres de Albarracín.

Nos recibieron con bastante entusiasmo. A mí me besó (no lo digáis a mi mujer) una vieja; y en compañía de los de asalto (que llegaron por la carretera) nos hicimos los amos de aquel pueblo, que desde el principio del Glorioso Movimiento era feudo rojo.

El capitán Pastor requisó todo el material de un hospital rojo, donde la mayor parte de la terapéutica estaba orientada a las enfermedades venéreas, por extraña coincidencia; y nos instalamos bastante cómodamente.

No hubo nada de mención en los cinco días que estuvimos allí; tan sólo es digno de contarse que Demetrio adquirió una bicicleta por la despreciable suma de ¡dos cincuenta!

Y, como nos hacía mucha falta, nos enviaron a Zaragoza para reorganizarnos. Las operaciones de Albarracín tocaban a su término. Y, como ya dije, las filas de la segunda Bandera estaban muy clareadas; según dijo Losada “nos sobraron” diez o doce bajas para pedir la Laureada, que exige un 33 por 100, sólo en la toma de Albarracín.

VI “EL PELAO”

Tras ocho días de reorganización, salimos otra vez para Albarracín. Parece ser que quedaba por hacer una operacioncilla, y el honor de coronarla se reservaba a la segunda Bandera.

Salimos en tren militar (con los ochenta y cuatro mulos y todo) en la noche del 10 de agosto; y a la madrugada del 11 sufrimos un percance guerrero lejos del frente, cómico en la desgracia y glorioso aunque sin gloria.

Descarrilamos sencillamente. Uno o dos pe-tardos como aquel que por poco me costó la vida cuando íbamos por primera vez a Albarracín, fueron la causa.

El tren debía salir a las ocho de la noche pero, como sucede siempre, eran casi las diez cuando estuvo todo dispuesto. Intercalaré en la narración un romance que compuse días más tarde.

Noche de luna lunera
¡Cómo brillan los aceros!
La cantina hierve en gente,
esta noche sale el Tercio.
Ya está embarcado el ganado.
Los mulos, ¿qué saben ellos?
piensan con las orejas tiesas
que son mulos del Tercio.
Noche de luna lunera.
Risas, despedidas, besos,
bocadillos, vino, andenes,
vaticinios y recuerdos,
órdenes del comandante.
¡Esta noche sale el Tercio!

Salimos con la tristeza propia de los que no saben si volverán, y pasamos el castillo de la Aljafería, donde bifurcan las vías.

Las agujas lo despiden
Diciendo: ¡toma cadera!
Y el disco nos guiña el ojo
Gritando: ¡vais a la guerra!

Poco después dormitábamos todos. El tren larguísimo, con una locomotora de dieciséis ruedas, enorme, adquiriría su marcha rápida y segura.

Ya es normal en pulsaciones
el latir de la caldera.
Los carriles van abriendo
la ruta que serpentea.
¡Son dos láminas de plata
que parecen bayonetas
reflejando palideces
de aquella luna lunera!
Plim, plim; chillan los cristales.
Tron, tron; contestan las ruedas,
Y la máquina despide
Salivazos de caldera

En mi departamento nos disponíamos a pasar la noche, y dormir si era posible; Paños, el pobre Juanito Allanegui, Orrios (alférez veterinario, que venía voluntariamente a “ver la guerra”) y yo. Pronto nos acomodamos y, a excepción de Orrios, que fumaba sentado a mis pies, nos quedamos sondormidos por lo menos.

¡Cómo roncan esos hombres
que viven para la guerra!,
mientras en su subconsciente
todos seguro sueñan.
La mujer, la novia, el padre,
la yunta, la paridera,
el taller, con sus mil ruidos...

Sería las tres de la madrugada cuando me desperté sobresaltado. Una detonación horrorosa me había sacudido de arriba abajo.

¿Sus ruidos? ¡Sí! ¡Zapateta!
¡¡POM!! ¿Que es esto? ; ¿dónde vamos?;
este vagón cabecea.
¡So!, ¡so!, ¡so!, ¡so! ¡Que me caigo!
¡Agárrate a donde puedas!

Al pobre Orrios le costó la vida el ir despierto. Al primer ruido, sin pensarlo, se tiro por la ventanilla de la derecha. Y el vagón ya fuera de carriles, lo aplastó contra las ruedas de la locomotora, que había quedado volcada en el talud. A los otros tres, el cabeceo horroroso nos dió tiempo a pensar. Y de gritar ¡sooo...! Con todas nuestras fuerzas; luego nos dimos cuenta.

Sensación de medio lado,
golpetazos en las puertas,
emociones que se compran
en artefactos de feria.
Río fuera de su madre,
catarata descompuesta
de astillas, fuego, carbón,
cristales y bayonetas.
Luego un golpe, llamaradas,
Asfixia, fuego, demencia.
¿Dónde está la ventanilla?
¡Por aquí! ¡Bendita sea!

Yo pregunté dónde estaba la ventanilla; el fuego y el vapor escapado de la caldera (que quedaba pegada a nuestro coche por su derecha) hacían la atmósfera irrespirable. ¿Sería aquello el infierno?

Los tres (Paños, Allanegui y yo) nos tiramos a la ventanilla de la izquierda. Me avergüenza, pero es preciso que os confiese que a fuerza de puños fuí el primero en saltar.

Me tiento todos los huesos;
Poco a poco, se serena
Mi mente y mi corazón.
¡Aun estoy de pie en la tierra!

El que no estaba en pie era Paños. Salió por la ventanilla como un bulto arrojado del furgón y cayó de cabeza. Mayoral, que salía por la

ventanilla inmediata, le increpó, interesándose por su subordinado:

— “¡Bárbaro! ¿Por qué se tira usted así?”

Y Paños, a cuatro pies en el balasto removido, le contestaba, rascándose los arañazos:

— “Porque me empujan, mi capitán”.

Era Juanito Allanegui que tenía prisa, y salió también. Al resplandor de la caldera abierta miramos.

Aquí un muerto, allí unos gritos,
acá un vagón de primera,
colgado sobre el talud,
inicia una pirueta.
Allá saltaron las vías.
Más abajo, la caldera
va despidiendo el vapor
como monstruo que jadea.

Pronto volví a la realidad. Una voz quejumbrosa y fuerte me llamaba por mi nombre. Los gritos salían de un montón de astillas, que antes fué pasillo de nuestro coche.

— “¡Alférez Cavero, alférez Cavero!”

Reconocí la voz del fiel Demetrio; a tientas di con él. Estaba preso por varios hierros y astillas; y gritaba porque (luego lo supe) tenía el fémur y una clavícula partidos. Con las manos no podía hacer nada; corrí, pidiendo un pico, una bayoneta..., cualquier cosa. Pero teníamos que ocuparnos de algo más interesante; los capitanes (a excepción de Montojo, que se había dado un serio corte en el brazo, al romper el cristal de su ventanilla) daban voces llamando a sus oficiales para reunir a la gente. También Villa estaba herido, y yo era, por lo tanto, quien tenía que ocuparse de la Compañía de Ametralladoras.

Pronto recibí la primera noticia. Un acemilero (que dormía plácidamente con los mulos encargados a su custodia, y que lo único que vió es que se abría la puerta y que los mulos saltaban a la vía) llegó corriendo hasta la cabeza del tren. Traía un pañuelo desplegado en la mano y gritaba a pleno pulmón;

“¡Alto el tren; que se han caído mis tres mulos!”

Corrí a los vagones que ocupaba la sexta Compañía. Aun encontré a por el camino a un legionario que daba la nota cómica en medio de aquel desastre. Le cogió el descarrilamiento en cierto lugar reservado; y corría por la vía llevando unida a su parte posterior la taza del retrete, que se le había empotrado por el encontronazo. Luego se la rompieron con un pico.

Juanito Villarreal estaba ya en funciones.

¡A formar las Compañías!
Los heridos en cadena
van pasando, poco a poco,

al auxilio de la Ciencia.
La serenidad se impone,
que somos hombres de guerra.

Cuando volví después de formar a mí compañía y establecer cuatro máquinas (así me lo mandó Mayoral) en los extremos del descarrilado tren, para evitar sorpresas, ya habían sacado a Demetrio y me habló más tranquilo. Montojo estaba herido de alguna gravedad; menos graves Fernández-Villa, Plake (el subteniente alemán que habla en un susurro) y hasta treinta legionarios. Y habían muerto: Orríos, el subteniente Holgado y el sargento de Ingenieros, jefe del tren, con cinco legionarios más.

El Pater (ratoncillo eclesiástico, como siempre), corría de aquí allá, atendiendo a todo y a todos; lo mismo repartía absoluciones que vendaba heridos. Y como rittornello (es un verdadero enamorado de la Legión) repetía a todo el que quisiera escucharle:

— “Ha sido un descarrilamiento a modo; ¡¡Verdaderamente legionario!!”

Y tan “legionario”. Si queréis cercioraros, pedid a Coloma que os enseñe las fotos que al amanecer obtuvo. Yo recordé cierta obra de Rambal (espectáculo y misterio) que viera en mis mocedades; y decidí que Rambal era un artista imitando descarrilamientos.

Al hacerse de día pudimos pensar que allí no había pasado nada. El clarear nos sorprendió con las compañías formadas, el material de ametralladoras aparcado y los heridos evacuados ya a Alba, pueblecito inmediato. Pronto llegaron los camiones y las órdenes del Estado Mayor.

— “Que se apeen del tren inmediatamente y que sigan a Santa Eulalia”.

Así lo hicimos, quedando allí solamente los muertos, que estaban apresados por astillas y hierros retorcidos. Los demás nos fuimos, cantando como siempre.

Ya está despuntando el día,
La madrugada alborea.
Sigamos nuestro camino;
la bandera marcha, y quedan,
cual testigos silenciosos
de aquella noche lunera,
un vagón que se hizo astillas,
la panza de la caldera
y unos muertos que pasaron
de ser actores de guerra,
a ser polvo de la Historia
y jirones de Bandera...

Comimos todos en Santa Eulalia y, después de saludar al general Ponte (que vino en persona a interesarse por la Bandera), seguimos para Bezas, adonde llegamos al anochecer, atrave-

sando los montes Universales, tan misteriosos meses atrás.

* * *

Bezas es un pueblecillo pobre y tristón, como todos los de aquella serranía. Pero mi instalación fué mucho más confortable, pues al fin y al cabo yo era (siquiera interinamente) el “capitán de ametralladoras”; y me instalé en un cuarto bajo de la Comandancia, compartiendo colchón, lujo innegable, con el maestro armero, que me había cogido un cariño entrañable y seguía mis pasos siempre.

Mi primer cuidado fué tranquilizar a mi familia, porque suponía no faltaría quien les llevara la noticia de nuestro accidente. Por eso escribí a mi mujer y a mi madre; pero como el parte oficial no había dicho nada y temía la censura, las cartas parecían sendas tomaduras de pelo.

— “Estoy muy satisfecho —decían— haciendo de capitán de mi Compañía, pues Montojo y Villa se han cortado un poco con unos cristales, y el pobre Demetrio también tropezó y se ha roto una pierna...”

Pero enseguida me olvidé del descarrilamiento, satisfecho de ser “capitán”. Además que el comandante Frutos me nombró nada más que “Gobernador militar de Bezas”; y con eso y el romance que compuse, y que tuvo un éxito entre mis compañeros llegué a merecer el mote de “Alferecísimo”.

Dada mi calidad viví en el pueblo aquellos días; y rodeado de mis enlaces y de mi nuevo asistente (Manuel Franco, de Torres de Berellén, ex asistente de Montojo, que “heredé” además de la Compañía, y un capote), me paseaba en visita de inspección por todas las posiciones, donde tenía repartidas las doce ametralladoras (nos habían dado cuatro más), levantando murmullos de admiración (o a mí me lo parecía) entre la “Alferecía”.

Tres días más tarde hicimos desde nuestras posiciones una demostración para distraer al enemigo, mientras otras fuerzas atacaban “El Pelao”; posición de gran importancia estratégica que era el único obstáculo para establecer comunicación directa con Teruel por aquella parte.

Toda la mañana estuvimos gastando munición en tonto, porque no se distrajeron los “rogelios”. Y claro la segunda Bandera fué la encargada de tomar “El Pelao”.

Por la noche me llamó el comandante; allá, en la posada del pueblo, estaba el propio Frutos, con Coloma, Mayoral, Rivera, Losada y yo. Tuve voz y voto en aquella reunión de “capitanes” y quedamos de acuerdo sobre la operación del día siguiente.

Organicé mi parte bastante bien, aunque me esté mal él decirlo. Al amanecer ya tenía establecidas las diez máquinas que tenía en servicio ese día, en la posición de partida.

La posición roja, que veíamos con gemelos, parecía muy bien fortificada. Y para llegar a ella había que subir y bajar un par de veces por sendas colinillas. Antes de que comenzase a tirar la artillería, ya marchaban en busca del enemigo las compañías de fusileros.

La operación estaba estupendamente planeada (la dirigía Galera). La Bandera subiría “de cara”, como siempre; el flanco derecho sería guardado por los requetés de Pueyo, y por el inmenso llano que se extendía a la izquierda, como promesa de rápida comunicación con Teruel, desplegaron los escuadrones de Berriz. En cuanto a la artillería, el 7'7 estaba emplazado en Bezas y dos piezas del 10'5 hacían fuego cruzado desde Campillo.

Mis máquinas abrieron un fuego que, en realidad, sólo sirvió para “levantar la liebre” (dijo el comandante Frutos) y, a la hora de haberse lanzado las compañías de fusileros, decidí irme yo en su busca con la mitad de la mía.

Salí, pues, con cinco máquinas al hombro de sus sirvientes. El cabezón de Marchena (Aquel día los sargentos eran “oficiales” y yo capitán, teniente y alférez en una pieza), se empeñó en echarse a la derecha, siguiendo los pasos de los de Pueyo; y en el pecado llevó la penitencia. Una chorreada de proyectiles le obligó a seguirme por la izquierda, sufriendo la única baja que tuvo la compañía aquel día memorable.

Pasamos por las colinas que he nombrado sin novedad, aunque estaban muy batidas, y un par de horas más tarde encontré el grueso de la Bandera; muy bien colocado y ya esperando el momento para dar el salto definitivo.

“El Pelao” (“Rincón del Molinero” se le llamó en el parte oficial) era una posición magnífica; bien fortificada y colocada en el centro de una meseta, dejando espacio como de 60 metros a todo su alrededor, llano como la palma de la mano, pelado, como indica su nombre, y batidísimo, por lo tanto, por el fuego de los rojos.

Detrás, la pendiente brusca, en cuya mismísima cresta desplegaron los legionarios, como cazadores que otean la presa. Emplacé las cinco máquinas y se envió un enlace pidiendo artillería, pues las fortificaciones rojas estaban incólumes.

Sufrimos unas cuantas bajas en aquel rato interminable de preparación. Los de 7'7 no podían acercarse, porque se exponían a darnos a nosotros, y todos los tiros iban largos. Pero los

de Campillo metieron varios pepinazos magníficos.

Los rojos no se iban. No sólo no se iban sino que los de Pueyo nos mandaron a decir que había subido una Compañía de refuerzo. Con esa, eran tres Compañías las que guarnecían “El Pelao”; debían estar como sardinas en banasta.

Hasta que “al capitán Coloma se le hincharon las narices”, en frase auténtica de un legionario, y decidió dar el asalto. Distribuyó toda la gente suya y la de Mayoral y Rivera, en la misma cresta de la pendiente, y dijo:

— “Cuando yo toque el pito adelante todo el mundo; las ametralladoras que tiren alto, el ruido anima y desconcierta el enemigo”.

Y así se hizo. Coloma hizo sonar su pito (una indecente sirena infantil de 0’65), y todos, como un solo hombre, se lanzaron al espacio peligroso gritando:

— “¡¡¡Viva la Legión!!!”

Sólo un legionario cayó mortalmente herido, en el asalto. Oímos que los oficiales rojos gritaban:

— “¡¡Que nos copan!!”

Y tiraban las gorras de plato, su único distintivo, como hacen siempre.

Los de mis ametralladoras no quisieron llegar tarde al requisito y entraron al asalto con los fusileros. Tanto que, Rubianes (el sargento, que por tener toda la dentadura de oro, a consecuencia de un tiro, se limpia la boca con Sidol) le arreó un puñetazo a un rojo que quedó en el parapeto. Luego, el rojo y prisionero, juró y perjuró que “aquel chichón” se lo habían hecho con una bomba de mano.

Cogimos cuatro ametralladoras rusas; toneladas de munición, fusiles, prisioneros y muertos. Los tres capitanes daban voces para montar inmediatamente un servicio en previsión del contraataque; pero los legionarios andaban muy atareados “requisando”. Yo contemplaba extasiado las nuevas ametralladoras, con las que contaba surtir “mi” Compañía.

Muy deprisa debieron huir los bisinios, porque a la media hora de ocupar nosotros la posición, la artillería roja nos empezó a obsequiar con un bombardeo que nos hizo varias bajas. Yo dejé emplazadas tres máquinas, que juzgué suficientes para guarecer la posición, y di órdenes para recoger y trasladar a retaguardia todo lo sobrante. Palacios que acudió enseguida con “la pelota”, se llevó cuidadosamente ocultas (para hurtarlas al Servicio de Recuperación, y que me perdona el comandante Frutos esta revelación de “acusica”), entre mantas y otros objetos inofensivos, las cuatro máquinas rusas de las que en el parte figuraron dos, que entre-

gamos, y las otras dos hacen un magnífico servicio a la Bandera.

Yo, además de capitán, era furriel; tenía que ocuparme de dar de comer a la gente. Y me fuí hacia Bezas para disponerlo todo, con los de morteros. Aun pude ver y “disfrutar” gran parte del bombardeo, y asistí al “nacimiento” de Losada, que pasó unos minutos horribles, tumbado en el suelo y bordado por explosiones del 12’40.

Volvimos a Bezas por la carretera que habíamos dejado expedita, y encontré a Galera en el “cinturón de hierro”. Llamábamos así a unas imponentes fortificaciones que los rojos habían construido mirando hacia Campillo, de cuya parte temían el ataque; tanto que los prisioneros decían:

— “No hay derecho; nos matamos de trabajar en las fortificaciones y nos entran por la espalda...!”

Allí estaban Galera, como digo, con su ayudante el capitán Colomer y un comandante de Estado Mayor que había oído, sin duda, algo de las ametralladoras y que me registró el carromato (requisado en el campo), donde traía yo mis morteros.

En la moto de la Bandera fuí a Bezas y arreglé la comida. Y, como me apetecía seguir viendo la guerra, me volví con Galera, dándome las de capitán y atreviéndome a comentar con él la operación. Me utilizó como enlace y llevé una parte al capitán de Caballería.

Por la noche, los requetés nos relevaron en la posición y toda la Bandera se reunió en Bezas, donde nos reímos lo indecible leyendo la correspondencia de los rojos, pues les cogimos el buzón, con toda la que aquel día habían recibido y pensaban remitir.

El comandante Frutos encontró una carta, que el capitán rojo le dirigía a su “compañera”. Decía, refiriéndose, sin duda, a pasadas operaciones:

— “No sé como dices que no ha pasado nada y has perdido hasta la funda de la pistola”.

Y otra de un miliciano a su familia:

— “Estoy entrenándome, para llegar el primero en la próxima retirada”.

Yo también escribí a mi familia. Sin darle importancia a la operación, que me había parecido intrascendente.

— “Hoy hemos tenido una chapucilla, que no sé si figurará en el parte”.

¡¡Ya lo creo que figuró!! En cualquier periódico de aquel día podéis verlo.

Y tuvimos la satisfacción de que el propio Generalísimo nos felicitase en un expresivo telegrama. Me acosaron todos, dándome bromas

sobre “lo que yo llamaba chapucilla”. ¡Un caso de Medalla Militar!

VII FUENTES DE EBRO

Aun estuvimos en Bezas tres o cuatro días, sin más novedad digna de mención que una más que regular tronada, que hizo salirse de madre el río Bezas y ahogó uno de mis mulos, arrastrado por la corriente.

Fuí con mi inseparable maestro armero, a buscar su cadáver; y lo encontré a la orilla del río, en lugar cercano ya a la posición que ocupaban los rojos cuando la “batalla de los caracoles”. Y, además del mulo, encontramos un carrito de ametralladora y un baste especial para el mismo. Fué inútil toda pesquisa para dar con la máquina.

Y el 24 de agosto nos despertaron más temprano de lo de costumbre. Llegó la orden de marcha con carácter urgente, antes de mediodía estaba la Bandera embarcada. Pero como las noticias eran que íbamos a Zaragoza, no hay que decir lo satisfechos que nos despedimos de aquel pueblo de tan pocos atractivos.

Fuimos en camiones a Teruel, donde ya nos esperaba el tren. Y empezamos a escamarnos ante los apremios que llegaban de todas partes.

— “Más deprisa, más deprisa, más deprisa...”

Era la consigna repetida por teléfono a cada instante. Realmente, eran muchas prisas para llevarnos a Zaragoza, meta codiciada en todas las salidas de la bandera.

Pero en el tren renació el optimismo. Comentábamos el éxito; y la buena suerte, pues (cosa rara) no habíamos tenido que lamentar ni una baja entre los oficiales. Además, entreteníamos el viaje con la lectura de un montón de cartas de rojos y rojas, que yo llevaba a prevención.

En Calatayud hicimos una parada, por causa de amenaza de la aviación roja; y el telégrafo del ferrocarril insistió:

— “Más deprisa, más deprisa”.

Decididamente Zaragoza sentía nostalgia por su Bandera. Eso, al menos, pensábamos nosotros; y, cuando anochecido alcanzamos a ver el resplandor de la ciudad desde las ventanillas del tren, rompimos a cantar a pleno pulmón:

“No hay quien pueda,

No hay quien pueda

Con la segunda Bandera”.

Además, el tren entraba resoplando en la estación de Madrid, que es la más cercana a nuestro cuartel. Marra propuso que nos fuéramos a cenar a “Salduba”.

Pero la cosa no estaba para cenas; en la estación nos esperaba un señor grave, con un sobre

azul. Y mucha gente, que nos traía noticias; los rojos habían atacado por Zuera, siendo rechazados después de un fuerte combate. Y en Fuentes de Ebro también andaba seria la cosa.

Y a Fuentes de Ebro seguimos, con todas las luces apagadas. ¡Bah! En Fuentes tenía yo muy buenos amigos desde que estuve de miliciano de Falange; la señora Visita (la posadera) nos trataría bien. Y me quedé dormido.

Cuando me desperté nos apeamos en la estación de Fuentes. Estaba la noche oscurísima y nos mandaron observar el más absoluto silencio. Por el camino, tan conocido para mí, llegamos al pueblo.

También allí reinaban las tinieblas. En la comandancia militar estaban Galera y Ponte (el comandante de Asalto), entre otros jefes. También había llegado Fernández-Villa y Portolés, escapados de sus respectivos hospitales, ante las noticias que había, y de las que nosotros no íbamos enterando poco a poco.

Fernández-Villa se hizo cargo de la Compañía, y yo de una sección. Una sección a la que correspondió agregarse a la cuarta Compañía, que mandaba Pascual.

Salimos inmediatamente a relevar a una Compañía de Asalto, en la paridera que se alzaba (se “alzaba” hasta ese día) en la salida del pueblo.

Pude pensar, parodiando a Jorge Manrique:

— “Aquellas posiciones del año pasado; ¿qué se hicieron?”

Pero decidí que sería más práctico prepararse por si el día siguiente nos traía alguna novedad. Y, después de emplazar las máquinas, en medio de un silencio sepulcral y a tientas en la oscuridad, me envolví en mis mantas y dormí.

* * *

Me despertaron dos cosas: el sol y los tanques. Todavía no había acabado de desenvolverme de entre las mantas, cuando ya sonaban, antipatiquísimos, los cañones de los carros rusos.

“Sssh... pum, sshh..., sshh... pum”.

— “¡Ya vienen, ya vienen!” — oí gritar.

Y corrimos Pascual y yo a organizar la resistencia. El ataque empezaba bien de veras. Un grupo de baterías del 12'40, emplazadas en un barranco a menos de tres mil metros de Fuentes, empezó a vomitar metralla. Y menos mal que apuntaban al pueblo.

No tuve tiempo de darme cuenta de más. No había pasado un cuarto de hora cuando mis ametralladoras (objetivo principal de los carros) estaban enterradas. Sus sirvientes yacían muertos o habían sido evacuados en las camillas.

Uno sólo se me presentó, poniéndose a mis órdenes; el acemilero que corría parar el tren cuando descarrilamos. García se llama; buen muchacho.

La posición que ocupábamos era una caricatura de colina. Con remedo de barrancos desenfilados y bocetos de parapeto. Allá, detrás de algunos montones de piedras, con los pies metidos en arañazos de trincheras, resistían los Legionarios.

Y cuando jugándose el tipo, nos asomábamos a observar, veíamos en el llano hasta trece carros rusos (unos de oruga y otros de ruedas) que, con su andar torpe, se acercaban, se acercaban...

La artillería roja seguía machacando el pueblo concienzudamente; aquel día no quedó sin agujerear más que una casa de Fuentes. Pascual, en vista de que mi mando había quedado reducido a un acemilero, me envió al pueblo a por refuerzos.

—“Explica bien lo que pasa” — me dijo.

Y allá fui, jugándome la vida cien veces, pues la carretera, hasta el pueblo, estaba batidísima por fusilería y también por otras baterías que empezaban a corregir el fuego hacia aquella parte.

En la calle principal de Fuentes —ir y venir incesante de mulos, municiones y heridos— tropecé al comandante Frutos y le puse en antecedentes, insistiendo sobre la petición de refuerzos.

“¡Cómo no los pinte...!” —me repuso tranquilamente.

Luego supe que en aquellas horas la comunicación con Zaragoza estaba cortada. Munición sí; la que quisiera tenía a mi disposición, gracias a repuestillo de la Bandera, que estaba intacto como siempre. Pedí a Palacios que subiera unas cuantas cajas y corrí a ver si conseguía reunir a algunos legionarios que me ayudasen a desenterrar las máquinas.

* * *

Los rojos habían desencadenado una ofensiva que pasará a la Historia. Atacaban a la vez por Quinto, Codo, Belchite y por Zuera. En Zuera, valiéndose de la sorpresa y aprovechando el desguarnecido barranco de la Violada (acordaos de Santa Quiteria) se colaron bonitamente. Pero les salió la criada respondona y se les copó un batallón o dos. Quinto cayó en su poder creo que el mismo día 25 y Belchite días más tarde, después de una resistencia que deja en mantillas a Numancia y otros Sitios acreditados.

Pero en fin. Esto pertenece ya a los partes oficiales y a la Historia de España; no al libro de un vulgar espectador.

De Quinto vinieron a Fuentes; contaban entrar en esta villa el mismo día 24. Pero los de Asalto les cortaron las alas. Y aguantaron heroicamente, hasta que fuimos a ayudarles. Vinieron muchas fuerzas, traídas, según creo, del frente de Madrid. Por eso, aquí empieza ya una fase del libro en la actuación de mi Bandera se esfuma un poco entre la de todas las fuerzas de prestigio que vinieron a Aragón; ya no éramos solos en estos frentes, favorecidos por tanta gente que “venía de Brunete”.

Pero en Fuentes, el día 25, estábamos: Galea y su Me-hal-la, nosotros, los de Asalto. Los de siempre.

* * *

Al mediodía había conseguido unos cuantos hombres y una ametralladora. Una de la que cogimos en el “Pelao” y que tiraba maravillosamente, servida por el ex acemilero “que detuvo el tren”. También apareció Rubianes con su áurea sonrisa y consiguió desenterrar otra de las antiguas.

Pascual estaba herido de un rasponazo en la cabeza, y por eso me mando el comandante que ayudara a Fernández-Villa, que se hizo cargo de la cuarta Compañía. Como Cruz (único oficial de la Cuarta en aquel momento) tenía demasiado que hacer con atender a su posición, a la izquierda de la paridera, Fernández y yo decidimos que mandaríamos las dos compañías al “alimón”.

Así fué; y hasta jefes de sector fuimos algunos ratos en aquellos días memorables, en que luchamos todos juntos para salvar Fuentes, y con Fuentes, Zaragoza.

Habían traído picos y palas; y por la cuenta que nos traía a todos se picó de firme. Aquellas cuatro piedras del primer momento se fueron convirtiendo, poco a poco, en una posición medianamente organizada, con parapetos, caminos cubiertos, chabolas, depósito de munición y hasta un refugio contra aviación.

* * *

Aquellos días han pasado por mi imaginación como las escenas de un film. Y por eso no es extraño que trabuque muchos sucesos (pues no tengo a la vista ningún recordatorio, y escribo todo fiado a mi débil memoria) y los baraje, en un orden distinto a como en realidad ocurrieron.

Fueron unos días de oleaje emocional. Del peligro extremo a la calma más absoluta, en pocas horas. De bromas sin cuento, mezcladas

con el inmenso dolor de tantos y tantos hermanos sacrificados a la furia del enemigo. Donde se confunde el recuerdo de unos ataques en que los oficiales nos emborrachábamos tirando “lafites”, con la remembranza de aquel banquete que le dimos a Galera, en la posada de la señora Visita, cosida de cañonazos.

El pueblo de Fuentes padeció mucho; ya dije que no quedó más que un edificio sin marcar por la artillería. También la Iglesia parroquial sufrió, pues aquellos canallas la bombardearon todos los días festivos, a la hora en que suponían que estaríamos en misa; el celo previsor del buen párroco, que decía misa en el hospital (con las Sagradas Vestiduras sobre un mono caqui de miliciano) evitó muchas bajas. Aquel hospital, a ratos lleno de gemidos y sangre (ocasión hubo de tener en su seno cincuenta muertos y un centenar de heridos) cuando todo quedaba en calma, evacuadas las bajas, era un casinillo, donde se jugaba al parchesí y se bebía cerveza.

Los oficiales subalternos íbamos y veníamos de las posiciones al pueblo en los ratos de ocio. No debíamos hacerlo, porque los rojos no tenían hora fija para desencadenar sus fortísimos ataques, pero a mí por lo menos, me acompañó la suerte como siempre, y estuve en los parapetos siempre que había “hule” y aun me sobraron muchas horas para tertuliear con el Pater y con “Baena” el médico de la Me-hal-la, que cree que sabe el árabe y no se le entiende ni en castellano.

* * *

La tarde del día 25 atacaron de recio otra vez; venían los tanques (creo que fueron 27) vomitando cañonazos sin cesar. Los camilleros no daban abasto para retirar tantas bajas. Venían y llegaron hasta unos cinco metros del parapeto.

Los rusos del alto mando rojo habían ideado una estratagema; dentro de cada tanque venían tres o cuatro milicianos provistos de abundantes bombas de mano. Su misión era salir cuando el tanque estuviese en nuestras líneas y lanzar las bombas. Aquello, sin duda, originaría una confusión horrible en nuestras filas y huiríamos, dejando el campo libre a los milicianos que se veían en la lejanía, siguiendo el tardo andar de los carros.

Pero no fué así; al carro que se llegó a mi posición le sacudió un cabo con una botella de líquido inflamable, cuando ya las cadenas pisaban los sacos terreros. Ardió como una bengala, y ardiendo huyó a toda prisa hasta quedar en el campo de nadie. Creo que todavía ofrece allí su mole al espectador que quiera asomarse. Los “asaltantes” (tres), a la primera llamarada abrieron la puerta intentando huir y murieron en el

acto, a la explosión de una bomba, que luego supe había lanzado yo.

Más tarde recogimos la documentación de uno de ellos; era un hombre de mi edad, casado como yo, padre como yo. Llevaba en la cartera una foto de una niña hija suya. La guardé: aquel hombre que murió a mis manos era un obligado, sin duda. Y por obligado lo habían embarcado en aquella difícilísima aventura, mientras sus verdugos rusos daban latigazos en segunda línea.

También apareció un perro; un gozquecillo negro, con una hoz y un martillo, dibujados a tijeretazos en su lustroso pelo. Lamía mis manos cuando lo até con una cuerda de esparto. Cuando terminó el ataque envié un enlace al Coronel Galera, con la documentación de los muertos y el perrillo, con una nota que decía:

— “Adjunto remito a V.S. un individuo pasado del campo enemigo. Interrogado solo contesta guau, guau, por lo que creo que pertenece a Brigadas internacionales...”

El enlace volvió con el perro y un duro de propina.

* * *

Juanito Allanegui demostró aquellos días que era un jabato. A su posición fueron más tanques que a ninguna. Y su posición era la más peligrosa, porque estaba en la inmediación de un olivar, por donde podía aparecer la infantería roja en cualquier momento sin ser vista.

Pero cuando le se le echaron encima cuatro tanques, Juanito no lo dudó. Y en vez de esperarlos salió a por ellos. Él a la cabeza y animando a sus gentes. Tenía en la posición legionarios, moros y soldados. Y había que oírle gritar:

— “Hala, morito estar valiente; mucho coger tanque morito”.

— “¡A mí la Legión! ¡Viva el Ejército!”

Así animaba a todos a seguir su ejemplo. Y se cargaron a todos los tanques que iban a tomar su posición. Y es que eso del revoltijo de fuerzas mezcladas y la dificultad de dirigir las nos pasaba a todos. Recuerdo que, un día de aquellos, me empeñé en dar órdenes a unos morazos en inglés; me entendían mucho menos que a “Baena”. Yo creo que es la costumbre de ver películas americanas lo que me impulsó a usar ese idioma, desconocido para ellos. Y para mí; hay que decirlo todo.

* * *

Creo que fué el día 27 cuando ocurrió un echo que ya conocéis todos, pues fué objeto de comentario de muchos cronistas de guerra. La hazaña de dos acemileros de mi Compañía.

Pero en las crónicas periodísticas se dijo simplemente que eran “gente legionaria”. Yo quiero daros más detalle y deciros que se llaman (aun viven) Elías Pola y Pascual Irache; legionarios de la sexta Compañía de la segunda Bandera, dirían ellos al presentarse.

Estaban en las máquinas de Rubianes; entonces eran acemileros a secas y sólo servían (oficialmente) para menesteres bajos, de acarreo de municiones. Ahora demostrada su capacidad artillera, los he destinado a servir un morterillo de 45 milímetros que tenemos en la compañía.

Mal andaba la cosa aquel día. Los tanques venían tirando a dar y la tomaron con un antitanque que teníamos en nuestra posición. Al tercer disparo, hicieron blanco. Y pude ver como le destrozaban el escudo y el aparato de puntería, matando a dos de sus sirvientes y estropeando al tercero.

Elías y Pascual, que subían a la máquina de Rubianes con unas cajas de cartuchos, no necesitaron orden de nadie; dejaron la carga y se lanzaron al abandonado antitanque.

Unos segundos hurgaron, infructuosamente, todas las ruedas y tornillos del mecanismo, tan desconocido para ellos como una caldera marina. Al fin, lo inesperado. El cañón que dispara; y allá van mis acemileros por el aire, por obra y gracia del culatazo que no esperaban. Pero se pusieron en pie y miraron.

— “¡Si le himos arreo!”

— “¡Qué sabemos, qué sabemos!”

Corroborando sus gritos jubilosos el tanque ardía. Y volvieron al arma; pero ya como técnicos que no fían todo a la casualidad. Uno de ellos hacía la puntería, mirando por el ánima del cañón; el otro cargaba y disparaba.

Hasta tres tanques inutilizaron. Y, cuando en un claro del combate me acerqué a felicitarles y bromear con ellos, hicieron cinco o seis disparos en mi honor. Elías preguntaba ingenuo:

— “¿Nos lo dejaran pa nusotros, mi alférez...?”

* * *

Por tres o cuatro veces el ataque nocturno al que tan aficionados parecen los rojillos. Los escuchas advertían el inevitable susurro del enemigo.

— “Todo el mundo a su puesto; no tirar un tiro hasta que estén encima ...”

Y en la oscurísima noche esperábamos el primer bombazo enemigo para abrir nuestro fuego. Luego, bombas, muchísimas bombas; parecían fuegos artificiales. La primera vez que esto ocurrió fué cuando Fernández-Villa y yo mandábamos al “alimón”. Teníamos en la posi-

ción, ayudándonos, a unos ochenta artilleros a pie y dieciocho guardias de Asalto con Del Barrio, su alférez.

Nos hinchamos de tirar bombas de mano. Pum, pum, pum, pum, pum.....

Llegó el capitán (hoy comandante) Simavilla.

— “¿Qué pasa; a que se debe este derroche de bombas?” —preguntaba.

Como si no supiera que los rojos estaban en nuestras mismas narices, tirándonos bombas. Pero quería mantener nuestro espíritu. Y mentía.

— “¡Si no viene nadie!”

— “¡Si esto es una vergüenza!”

Pero nos dejaba hacer. Y a la madrugada parecía no dar importancia a los veinticinco o treinta cadáveres rojos, que pardeaban al sol como mudos testigos de que alguien vino.

El ataque nocturno con atacantes moros es un éxito. Sirvió, por lo menos, para entrenamiento de los artilleros que hasta aquel día no habían oído un tiro. Pero aprendieron pronto; recuerdo que aquella noche (una de las noches) un quinto de esos me decía orgulloso, mostrándome el mosquetón:

— “Mire mi alférez, se me ha reventao de tirar...”

* * *

Luego, llegó el capitán Rivera, que estuvo malo unos días, y se hizo cargo de su compañía. A mí me mandó entonces el comandante a que me encargase de las cuatro máquinas del sector de la izquierda de la carretera. El puesto de mando era la casilla de los camineros; allí estaban Mayoral, que mandaba “su catorce”, y Romero, capitán de la Me-hal-la de Melilla, hermano del capitán de la otra Me-hal-la.

Ya no tenía color la cosa cuando yo llegué. Sólo una tarde sufrimos un ataque por el llano, a base de caballería, argelina o lo que fuese. Mejor dicho; sufrieron ellos, porque al verlos venir (advertimos su polvareda a varios kilómetros) nuestra artillería les batió maravillosamente y tuvieron que volver grupas, dejándose varios muertos en la vega y unos cuantos caballos, que pasaron a nuestro poder. Cuando vuelva la Bandera a Zaragoza podréis ver a Juanito Villarreal, jinete en alguno de ellos, paseando.

En vista de la inactividad guerrera, volvimos a las ocupaciones inocentes y poéticas; y, como en la sierra de Alcubierre, compusimos bellas poesías. Recuerdo estas aleluyas:

Y no me pases por alto
a nuestros guardias de Asalto.
Llevan los de la Me-hal-la

gorros verdes de gran gala
y el que se las da de pillo
va camuflao de ladrillo.
Los bravos aviadores
usan monos mejores.
Los que a las niñas camelan
suelen ser los que no vuelan.
A los del Tren Automóvil
háblales con sello móvil.
Total que lo único que pera.
Es la SEGUNDA BANDERA.

Ingenuo desahogo criticante, que corrió por todas las fuerzas hermanas sin levantar protestas.

También nos dimos a la cocina. Y una tarde, para obsequiar a Juanito Allanegui y a Portolés (el pequeño sargento de artillería a pie) que venía a hacernos compañía, les elaboré a brazo unas migas, procedentes de un chusco, fritas con sebo y adobadas con coñac. Se chuparon los dedos.

* * *

Coloma es un chiquillo. Por su edad y por su manera de ser.

Una tarde, en la casilla de los camineros, ocurrió algo que os convencerá. Venía la aviación roja, aprovechando la ausencia de la nuestra, que se hallaba ocupada en otras rutas. Los velocísimos “ratas” pasaban y traspasaban sobre nuestras cabezas, bajísimos; dando a entender que conocían la carencia de antiaéreos por nuestra parte.

Menos mal que no ametrallaban. Y, resguardados en algún accidente del terreno, contemplábamos tranquilos sus evoluciones.

Coloma no podía contenerse. Arrebató el mosquetón a un legionario cercano y lo cargó nervioso. Cuando un “rata” pasó veloz sobre nuestras mismísimas cabezas, apuntó cuidadoso e hizo fuego.

Y saliendo de su escondite gritaba alborozado:

— “¡Va echando humo!”

Hasta que alguien, poco respetuoso con su entusiasmo, le atajó:

— “Es que fuma el piloto, mi capitán”.

Coloma se puso colorado, como un chiquillo travieso.

* * *

Una tarde llegó la orden de relevo. Preparamos todo y anochecido vino la trece Bandera a ocupar nuestras posiciones. A mí me relevó un sargento, presuntuoso porque se puede; mientras relevábamos, deseoso de algo de lo que pasaba

en otros frentes, le pregunté de donde venía. Y me repuso:

— “¿Ha oído V. hablar de Brunete? Pues de allá vengo, nada más”

Cuando se lo conté a Mayoral, puso un comentario mordaz. Desde entonces en la segunda Bandera es corriente la frase despectiva:

— “Este padece brunetitis ...”

Esta pequeña rivalidad entre Banderas de la heroica Legión, es algo consustancial con el Cuerpo mismo. Tal vez lo inventó Millán Astray para conseguir una noble emulación.

* * *

Montamos en los camiones cantando, como siempre. Las conjeturas eran agradables; había mucha fuerza en Aragón y nosotros bien merecíamos un descanso.

Un descanso y un refuerzo; porque a la chita callando, en Fuentes sufrimos más de trescientas bajas en la tropa. Y de oficiales quedaban cuatro y el de la guitarra, según el Pater, que en ausencia de Losada, que se había ido al curso de tenientes, se había constituido en ayudante y estaba en sus glorias.

Pero nuestras ilusiones fallaron una vez más. A las diez de la noche estábamos en la estación de Utrillas, y en un tren especial fuimos a Valdescalera. Llegamos ya de día.

Menos mal que nuestra misión era, simplemente, reforzar las posiciones ya establecidas y guarnecidas por mucha gente, aunque bisoña, es cierto.

Nos instalamos en un barranquillo desenfado, centro del sector; y a las pocas horas aquello se había convertido en un pueblecillo legionario, cuajado de chabolas, que construimos en pocas horas ante el asombro de los canarios y gallegos que guarnecían aquello. Su asombro subió de punto al observar que a la noche todos los legionarios, que habían visto llegar en mangas de camisa, tenían mantas y cazadoras, mientras que muchos de ellos carecían de las mismas prendas. ¡Extraña coincidencia!

Estuvimos en Valdescalera quince días. Tuvíamos que intervenir seis o siete veces en que atacaron los rojos, y fueron rechazados sin gran esfuerzo. El resto del tiempo se pasó en diversiones más o menos inocentes. En la caseta del apeadero se jugaba al poker y al bacarrat; pero eran partidas de puntos fuertes (de capitanes para arriba) y el Pater y yo discurrimos dedicarnos a ferroviarios de vía estrecha (nunca mejor empleada la frase) y en una “batea” o vagoneta nos fuimos aprovechando la cuesta abajo hasta cerca de Zaragoza, adonde ¡ay! no nos podíamos llegar. Luego subimos a remolque del tren

ascendente. ¡Ilusiones de niñez que se hicieron realidad en la guerra! Porque gracias a nuestra calidad de oficiales, conseguíamos que los trenes ascendentes nos dejaran vía libre.

* * *

El único aspecto guerrero de aquellos días grises fué un ataque rojo que rechazamos. Al mediodía nos avisaron de la posición el carnice-ro que se veían grandes concentraciones enemigas. Hacia allí fué Coloma con su Compañía; y Rivera, con la suya y mi sección de máquinas, fué enviado a cubrir el flanco derecho. Gracias a esta circunstancia pude ver sin peligro (¡por una vez en mi vida!), una operación guerrera.

Cuando llegamos a nuestra posición ya atacaban los rojos el “Carnicero”, que se distinguía perfectamente a nuestra izquierda. Tres o cuatro baterías concentraban sus fuegos sobre aquel parapeto, y por los cabezos que forman montaña rusa, tras de tan importante posición, se deslizaban, como una fila de hormigas, los rojos.

Arriba, en el “Carnicero”, aguantaban el chaparrón de granadas los soldaditos bisoños del Batallón 105, reforzados por la sección de Allanegui. A retaguardia, la quinta Compañía estaba a la expectativa. Nosotros veíamos, sin intervenir.

No teníamos medios para avisarles del avance de los “rogelios”; y aunque empecé una máquina para entorpecer su avance, era tan largo el tiro que no conseguí nada. Culebreó la ringle de milicianos y, al fin, quedaron amagados en un barranquete, muy próximo ya a su objetivo. Al mismo tiempo cesó la artillería. No estaba mal planteada la cosa.

En estas, roncaban motores de aviación y aparecieron nuestros “bueyes”. Tras de los montes, cuya posesión nos jugábamos en aquel momento, se desplegaba, rojizo, el llano de Belchite. Sobre él en una carretera, se alineaba una enorme teoría de camiones, que por la distancia no podíamos apreciar si estaban cargados o vacíos.

Todo quedó en el silencio más absoluto, ante la amenaza del bombardeo. Y por cierto que, aparte de sus resultados, es el bombardeo más espectacular que yo recuerde; escuadrilla por escuadrilla, fueron soltando sus bombas en un trágico riego continuo de muerte y fuego. Los latigazos de las bombas de 250 kilos sacudían la tierra en varios kilómetros a la redonda.

Cuando se apagó el roncar de los motores y los “bueyes” se perdieron en el horizonte, quedaba como recuerdo un nubarrón, más negro que de la peor granizada, y que mucho rato flotó en el aire tranquilo, ofreciendo un espectáculo que sentí no fotografiar.

Pero teníamos cosas más interesantes que ver. De los rojos se destacó un hombre que, brazos en alto (lo veíamos con gemelos), se dirigió resueltamente hacia el “Carnicero”. A poco, otro imitó su ejemplo; nosotros comentábamos:

— “¡Se pasan, se pasan! ¡Viva España!”

Pero Rivera, que sabe manera (por algo lleva más de treinta años de servicio) no estaba tranquilo.

— “Algo traman, Cavero; verá usted...”

Y tenía razón. Al cuarto que llegó al parapeto, como si fuese la señal convenida se lanzaron todos al asalto, tirando bombas si Dios tenía qué. Pero es igual porque Juanito Allanegui se portó tan bien como siempre, animando a los bisoños, que dieron más juego del que esperábamos; y Coloma esta cerca por sí las moscas. Huyeron los rojos apresuradamente, y como Rivera estaba seguro de que aprovecharían las primeras sombras para largarse, nos volvimos a Valdescalera.

Allí nos esperaba la mala noticia; Juanito había caído, muerto por la traición roja. Dios lo tenga en su gloria; era demasiado valiente.

* * *

Luego, estuve destacado en el propio “Carnicero” durante tres días. Tres días sin novedad, que se deslizaron agradables en compañía del capitán Castán (que mandaba un batallón). Y de Silvestre Ripollés, el polifacético médico, que por última vez había visto en Fuentes el año pasado, y que me hizo reír de ganas.

Una mañana, el relevo. Y la enorme satisfacción de irnos a Zaragoza. Montamos en las bateas del tren minero, y durante aquel viaje se cantó más y más fuerte que nunca:

“No hay quien pueda,
no hay quien pueda
con la segunda Bandera”.

¡Ya se distinguía a lo lejos el caserío zaragozano! ¡Ahora sí que nadie nos quitaba un mes de descanso! Marra (que hacía el bajo en nuestro coro) tronó su vozarrón:

— “Cómo aparezca hoy el del sobre azul le pegó un tiro ¡palabra!”

Pero no se lo pegó. Apareció el del sobre azul; nos esperaban camiones y sólo nos detuvimos en Zaragoza para comer aprisa y corriendo. Por la tarde rodábamos; y aquella noche dormimos en Cartirana, pueblecito cerca de Sabiñánigo.

VIII SABIÑÁNIGO

Mejor dicho, durmieron; porque el maestro armero y yo usufructuamos un colchón bastante confortable, pero la compañía de una vaca, que con sus mugidos, nos robó parte del sueño.

Tanto, que a la mañana siguiente, cuando el Pater nos preguntó que tal habíamos dormido (se había echado encima el trabajo de aposentador) le respondimos:

—“Muuuuu...”

A dúo e imitando las inflexiones del tono vacuno.

Desayunamos alegremente y, sobre las nueve, nos pusimos en movimiento. También por aquella zona pirenaica se dejaba sentir la ofensiva roja. Y el valle de Tena estaba un poquillo amenazado. No sólo el valle (que habían rebasado los “rogelios”), sino lo Pueyos de Larrés, desde donde podrían descolgarse sobre el propio Larrés, para amenazar Sabiñánigo.

A Larrés fuimos. Allí estaba Galera (¿cómo se las arreglará ese señor para estar siempre tan bien afeitado?), pulcro, serio y simpático como siempre. Sus morazos ya estaban monte arriba “a ver que pasaba” y nosotros los seguimos en penosísimo ascenso. Entretenía la subida con la conversación de Franco y de los camilleros Manzano (dos primos hermanos, extremeños enrolados en la Legión por afición y patriotismo), pero aun así pude percatarme de lo durísimo que resultaba.

Galera y el comandante Frutos nos alcanzan y dejaron detrás, jinetes de sendos caballos. Cuando les saludé, el comandante decía:

— “ Hay que ver qué caña; sólo para subir de turista se cansa uno”

Por eso fué un acierto que los de la Me-halla subieran por delante, porque cada uno lo hizo por su lado, escondiéndose como ellos saben. Y cazaron a los desprevenidos “rogelios”. Me figuré su júbilo al encontrarse con “internacionales. Porque habéis de saber que los extranjeros son su presa favorita. Y suelen decirles a comprobar su extranjerismo:

— “Marrano; ¡tú estar, bisinio doble!”

Muchos “bisinios dobles” quedaron tendidos en los Pueyos de Larrés. Por la noche se fueron los moros para abajo, y quedó la Bandera (no sé si se podrá llamar Bandera a tan poca gente) cubriendo todos aquellos montazos imponentes. Los planos del Estado Mayor (que por mi calidad de capitán, consultaba) aseguraban que estábamos a 1.600 metros sobre el nivel del mar en Alicante.

Por cierto que Franco mostró su asombro al decirselo en paternal comentario. Y no le extrañó la altitud, sino que se fijase sobre el nivel en Alicante, siendo Alicante de los rojos.

* * *

En los Pueyos de Larrés estuvimos una semana. En el monte más alto que tiene un nombre poco vulgar, que no puedo recordar en este momento, instaló el comandante Frutos su puesto de mando. Como primera providencia allanaron un pequeño espacio que, con unas cajas de municiones a modo de asiento y un alegre fuego en medio, servía para mitigar el frío que ya se dejaba sentir por aquellas alturas.

Yo seguía de “capitán de ametralladoras”, y por eso me quedé con la Plana Mayor, pues mis doce máquinas estaban repartidas por todos aquellos picachos, en posiciones inverosímiles, adonde llegaba con la lengua fuera, cuando rodeado de mis enlaces y acompañado de Franco (fiel muchacho), iba a recorrerlas por las mañanas.

Pronto se levantó, al lado del casinillo, una chabola para el comandante. Al lado hicieron otra para el Pater y los médicos; y los cuatro soldados de Transmisiones que nos seguían a todas partes, desarrollando hilo sin cesar, hicieron la suya. Los enlaces y los sirvientes de las tres máquinas que constituían la única guarnición del puesto de mando les imitaron; las pesadas botas legionarias abrieron ruta, de chabola en chabola, maltratando las plantas de boj, y pronto fué aquello una aldea militar como tantas otras.

Yo disfruté del mejor alojamiento. Tenían los rojos un par de piezas de montaña al otro lado del valle que nos cañoneaban a menudo. Y el comandante me encargó de la construcción de un refugio. Gracias a eso, me facilitaron madera y sacos; y refugio no; pero hice una chabola magnífica, con paredes de sacos y tejado impermeable. También acredité mis dotes de decorador. Allanamos el suelo, dejando un estrado para que durmiera yo; la doté de una magnífica chimenea con tubo y todo, y una lata de caja de munición se convirtió en depósito del “agua corriente” de aquel palacio.

Fuera de estos quehaceres, que podemos llamar domésticos, no hubo nada digno de mención a no ser un ataque idiota de los rojos, que pretendieron reconquistar el Pueyo de nuestra derecha, defendido por falangistas. Los rechazaron a bombazos (donde esté la Legión hay bombas en abundancia) y se recogió el cadáver de un jefecillo rojo; nada menos que el “Delegado del Gobierno Republicano en Barbastro”, según rezaba su documentación. Traía un croquis, a pluma, de todo el valle de Tena, especificando

la situación de nuestras fuerzas; y, como detalle curioso, recuerdo que señalaba muy en particular las posiciones ocupadas por los esquiadores, a quienes apodaba el remoquete de “señoritos facciosos”.

* * *

Otra aventurilla me proporcionó el Pater que, como todos, se aburría en la forzosa inactividad.

Me propuso bajar una noche al pueblecillo de Escuer, que dormía abandonado en la falda de la montaña que ocupábamos, en tentadora promesa de gloria y aventuras. Aquella tarde organizamos la expedición.

La componíamos: Cuenca, mi enlace; “Regalitos”, enlace de la Plana Mayor; el maestro armero, el Pater y yo. Avisamos a los centinelas de la descomunal hazaña que teníamos entre manos y, al anoecer, sin decirselo al comandante, comenzamos la marcha, pinar abajo.

Íbamos bien provistos. Los enlaces y el maestro con mosquetones; el Pater con su revolver niquelado, temblando ligeramente en la mano derecha, y yo con mi magnífica “Astra”. Además, cuatro “laffittes” cada uno. Por si las moscas, que ya otra noche bajaron unos de la Quinta y se tropezaron con una patrulla de “rogelios”, teniendo que batirse en retirada.

Llegamos al límite de los pinos cuando ya la noche se echaba encima. El Pater se detuvo y maduró un plan de operaciones. Quería que cada uno fuese por su lado y que, caso de fracasar nuestro empeño (llegó a creer que aquello era una operación), nos reuniésemos en aquel sitio para tomar ulteriores acuerdos. Le hicimos ver que la separación era peligrosa, e imposible la reunión, de noche y en lugar desconocido, y, aunque a regañadientes, consintió en fuésemos todos juntos.

Así lo hicimos y entramos en el pueblo, en actitud muy parecida a la de los bandidos de opereta.

Quiso la suerte que no hubiera nadie; solo una gallina denunció su existencia en imprudente canto. Cuenca y “Regalitos” desaparecieron por un portal, se alborotó el pueblo ante la protesta de las aves y un minuto después teníamos en nuestro poder tres gallinas. Les retorcí el pescuezo concienzudamente y me puse a vigilar, mientras mis compañeros buscaban nueva presa; pero hube de abandonar la vigilancia porque las aves, por arte de magia, recobraron la vida y corrieron calle abajo. Las acorralé en una esquina llena de ortigas y, a costa de algún picor, me hice con ellas; esta vez no me contenté con retorcerles el pescuezo sino que les separé la

cabeza del tronco, o como se llame el cuello de las gallinas.

No pudimos dar con más caza; y como el tiempo pasaba y el comandante podía echarnos de menos, iniciamos la retirada, sin dejar siquiera un cartel o hito, que recordase las generaciones venideras escuerienses nuestra hazaña.

La subida pudo costarnos un bombazo, pues guiados por el Pater, fuimos a para cerca de unos centinelas que no nos esperaban; y tropezamos con una alambrada desconocida. Pero, gracias a Dios, no hubo novedad en la búsqueda del tesoro (tesoro eran tres gallinas en aquellas latitudes).

El comandante nos había echado de menos, porque acaba de llegar el relevo; y se disponía a echarnos un broncazo, pero se contuvo con la vista del botín. Cada uno acudió a su obligación y a la madrugada nos despedíamos de los Pueyos de Larrés, precioso paisaje pirenaico, que os recomiendo para la peregrinación patriótica postguerra.

* * *

Pero tampoco aquel relevo significó descanso, sino que, después de media hora de parada en Larrés, que aprovechamos para comer caliente, que buena falta nos hacía, emprendimos la marcha para Senegüé. También por allá habían atacado los rojos, poniendo en grave aprieto a la guarnición de Asín. Aquella vez no hubo “paridera”, y todo se redujo a subir otra imponente montaña (tardé más de tres horas en acarrear por un barranco apocalíptico mi sección de máquinas), emplazar las ametralladoras, iniciar el despliegue y largarnos ya cumplida nuestra misión.

Hicimos noche en Senegüé y al otro día salimos para Sabiñánigo. He dicho antes mi sección de máquinas y no mi Compañía, y es que tenía un capitán nuevo. El capitán Paredes, bellísima persona, que se había incorporado al salir de Valdescalera. También eran nuevos los alféreces Allanegui (primo del pobre Juanito y que tuvo el empeño en sustituirle en la Catorce) Capillas, Samperdro y Morales, que se había incorporado hacía algún tiempo, pero había estado enfermo. El barrio de la estación de Sabiñánigo tiene algo de pueblo del Oeste norteamericano, con su calle única, ancha y recta; y sus edificios modernos sin pretensiones. Pronto echamos de ver que también había camas con mullidos colchones, de los que tan necesitados andaban nuestros baqueteados cuerpos, que llevaban ya tres meses sin disfrutar de ese lujo. Echandía, el cocinero, con todos sus ayudantes, se incautó de una magnífica cocina, y todo hacía presumir que íbamos a pasar unos días agradables. Aquel mismo día convidamos a comer a

Galera y a los oficiales de la Me-hal-la (en agradecimiento de cierta comida moruna que nos dieron en Valdescalera) y Echandía se lució sirviendo un banquetazo como no creo se haya servido muchas veces en mesas legionarias. Después de comer y provisto de un gran puro, obsequio de Galera, me fuí a reconocer mi cama; y maravillado, tanteé la blandura de su colchón y el brillo inmaculado de su colcha. ¿Sería verdad tanta belleza?

* * *

No lo fué. Sobre las cuatro me llamó el capitán Paredes y me ordenó que, con mi sección, subiera a los montes de Rapún para reforzar aquella guarnición.

Maldije mi suerte; pero pronto me olvidé de Sabiñánigo y sus colchones ante el buen humor de los legionarios. Llamé a Cuenca y a Franco, busqué los mulos y enseguida tuve formada mi sección; y guiado por un soldadito de infantería fuimos de nuevo monte arriba, cantando, siempre cantando.

La atmósfera cambió de pronto; y unas nubes negras hicieron su aparición por el horizonte. El soldado aseguró que “tendríamos agua” y anduvimos lo más deprisa que podían los mulos. En el pueblo de Sabiñánigo ya caían las primeras gotas, cuando me detuve a requisar un mulo que, guiado por Franco, se encargase de ser mi ascensor. Cerró el tiempo más y más, y cuando la caravana se metió entre los espesos pinares llovía torrencialmente.

Era una subida del demonio. Y menos mal si hubiese caminos, más o menos trazados. Pero aquel pinar, que los indígenas recorren solamente para cazar y hacer leña estaba tan virgen en vías de comunicación como una selva ecuatorial.

Así, pues, lo lógico es que os diga que, tras de tres horas de subir y bajar y andar de derecha a izquierda, nuestro guía se diera por vencido, y me dijese que ignoraba completamente el camino a seguir. Había cesado momentáneamente la lluvia, pero el pinar rezumaba agua por todas partes y el suelo estaba resbaladizo y fangoso, hasta conseguir que los mulos (abnegados animales) se hundieran hasta los corvejones. Decidí hacer noche allí mismo, a peligro de ser sorprendidos, pero evitando el riesgo de meterme en la boca del lobo.

Hicimos alto; descargamos los mulos y encendimos una hoguerilla, pues ya he dejado dicho que hacía frío. Y al poco, bien envueltos en mantas, fumábamos en corro a la hoguera y nos distraíamos con cuentos y chascarrillos. Yo paseaba mi vista con orgullo por el coro de mis acompañantes; allí estaban Elías Pola y Pascual Irache, Franco, Cuenca y todos los demás hé-

roes, que se disponían a pasar una noche en claro y con peligro, sin una protesta (a pesar de que la mayoría mostraba en la ropa las injurias de tres meses de no parar), cantando y con humor suficiente para reírse ante cuentos de mejor o peor gusto, contados por Juan Miguel.

Algunos dormitaban ya, apoyados en cajas de municiones, cuando empezó a llover a cataratas. Comprobé con pánico que la hoguera se apagaba (a pesar de la leña que sin cesar echaban Cuenca y Franco) y que mis hombres tiritaban, dejándose calar con gesto de impotencia. Comprendí que mi misión alcanzaba la responsabilidad de las pulmonías que pudieran presentarse, y a voces y patadas desperté a todos, obligándoles a moverse y a traer leña abundante por turno.

Pero la lluvia podía más que la hoguera; y el cansancio vencía a mi entusiasmo. Hasta que utilicé el último recurso; y a voz en cuello comencé a cantar:

“Soy valiente y leal legionario,
soy soldado de brava Legión...”

Como movidos por un resorte se incorporaron todos. Trajeron leña, mucha leña. Y por turno soplaron con todas sus fuerzas en la agonizante hoguera. Recordaré siempre a Elías Pola, calado hasta los huesos, chorreando por la borla del gorro y cantando como un iluminado:

“Mi divisa no conoce el miedo,
mi destino tan solo es sufrir...”

Pudimos más que los elementos desatados en interminable “noche triste”. Cesó la lluvia y aun dormimos media hora antes de que amaneciera. En cuanto clareó reanudamos la marcha y diez minutos después me presenté y puse a las órdenes del comandante Claro. Un excelente jefe, al que conocía desde que, con su Compañía, rescató Perdiguera la primera vez que atacaron los rojos, hace ya muchísimo tiempo.

* * *

Del monte de Rapún sólo me queda un recuerdo. Un frío horroroso que se nos metía hasta los tuétanos. Allí no había medios de proporcionarse un alojamiento decente y hube de contentarme con una chabola construida ya (“obra de pipis”, según despectivo comentario de Cuenca), en la que entraba el frío por los cuatro costados. Y menos mal que Franco discurrió, para que por las noches pudiera descansar un poco, hacer hogueras interiores. Cuando el fuego quedaba convertido en brasas, las esparcía y mezclaba con la tierra mojada; y sobre aquel lecho de faquires me tumbaba envuelto en mantas, que apenas soltaban la humedad en los escasos ratos que lucía el sol.

Menos mal que mis compañeros de fatigas eran Galindo y “Baena”, y aun nos reíamos bajo aquella lluvia infernal. Y los morazos, enlaces de Galindo, no surtieron de té moruno en abundancia, que nos entonaba.

Los picos más altos, las posiciones más absurdas eran visitadas por nuestros inseparables proveedores. Dos morazos, paisanos, que nos seguían invariablemente comerciando.

Al anochecer desaparecían. Y a la mañana siguiente, por el barranco desenfilado, subían arrastrando su carga inverosímil, empacada en trapos mugrientos. Los artículos más valiosos salían de los pliegues de las sucísimas chilabas.

— Tabaco, “foforo”, “cocholate”, “conia”...— decían, pregonando su mercancía codiciada, por toda la posición.

Luego, sentados en cualquier rincón, al sol, aguantaban estoicamente el regateo de los legionarios.

— ¿Cuánto quieres por estos “bisontes”?

— Tres “peseta”.

— Te doy dos.

— Tú “estar” “arrojo”, hombre.

Así todo el día. A la noche, agotado el stok, se iban para abajo, en busca de cualquier campión que los llevase al más inmediato centro de abastecimiento.

Un día y otro nos acompañaban con su pregon ingenuo:

Papel “pa” “fumá”. Papel “pa” “escribe”. Piedras “pa” “mochoero”...

* * *

Bajamos de Rapún en otra noche interminable de pisar fango hasta las caderas. Y a la madrugada salimos a operar otra vez. Los rojos se habían filtrado por la carretera de Yebra. No nos costó mucho echarlos. Aquel día estuve de capitán otra vez, pues Paredes se hizo cargo de la catorce por enfermedad de Mayoral, y no me enteré de nada de lo que pasó. Sólo sé que se llenaron los objetivos como siempre; Que Marra operó por su cuenta mucho y bien y que tuvimos que llorar tres bajas. Sampedro (valentísimo muchacho, como demostró los pocos días que estuvo con nosotros), Allanguí y Morales, muertos por Dios y por la Patria.

Y después de pasar dos días en Aurín, donde aprendí que la “cheditta” con que se cargan las granadas de mano, se fabrica de un modo muy parecido al chocolate, una tarde nos dio Galera una buena noticia:

— “Van ustedes a Jaca a descansar”.

Me apresuré a poner un telegrama a mi mujer (¡cuántas bromas me han dado a costa del

dichoso telegramita!) y envié a Franco a Jaca para que, al llegar, me tuviera dispuesto alojamiento para mí y para ella, que llegaría al día siguiente.

Cené en Jaca en el “Hotel Mur”; y mi entrada en el comedor, sucio y mal afeitado, pero con continente altanero, constituyó una verdadera apoteosis. O al menos yo lo creí, saludado por varios legionarios, que habían cobrado las sobras al llegar a Jaca y cenaron “en el mismo hotel que los oficiales”.

Luego, me mandó el comandante que prestase servicio de vigilancia hasta la doce, como lo hice, y a esa hora me metí en la cama, que se me antojó principesca.

Pero cuando al día siguiente llegó mi mujer no me encontró. A las seis de la mañana ya estaba la Bandera rodando carreteras con rumbo hacia Ara, donde había otro jaleillo.

* * *

Los rojos se habían filtrado una vez más y, desde posiciones encima de Ara, amenazaban ese pueblo (flanco para Jaca) e incluso la carretera de la Peña, desde las estribaciones de la Peña Oroel.

Cuatro días corrió la Bandera, arriba y abajo, por aquellos picachos, desalojando “rogelios” de sus eventuales posiciones; mientras yo, constituido de nuevo en “capitán”, atendía a los múltiples quehaceres de elevado cargo y corría cien veces el mismo camino, como los perros.

La Plana Mayor estaba en Ara, y toda la geografía que se extiende en diez kilómetros a la redonda fué escenario de nuestras correrías. De día y de noche subíamos y bajábamos, siempre seguidos por los telefonistas; os haría gracia ver que, como comíamos en un lado y cenábamos en otro, los pobres soldados se volvían locos desarrollando hilo para recogerlo dos horas más tarde.

Así se fueron cumpliendo todos los objetivos, y el Estado Mayor contestaba a los apremios de comandante diciendo que enseguida nos íbamos a descansar “de verdad”.

El día del Pilar tuve la desgracia de no poder oír misa, lo que sentí como buen aragonés, porque la tarde anterior una máquina despistada fué tiroteada por los rojos y, espantados los mulos, cayeron a un barranco, donde quedó la ametralladora. Al amanecer hube de salir a por ella, pues el comandante me amenazó, si no la encontraba inmediatamente, no con el fusilamiento, sino con “romperme una pierna”. Y mis piernas eran muy necesarias en la Bandera aquellos días. Salí con una escuadra y di con la máquina; pero volví más de mediodía.

A la tarde siguiente supimos que aun quedaba el rabo por desollar; había que tomar el monte de “Pierrefundío” y para ello se concentró la Bandera. Fernández-Villa apareció con los pies destrozados (lógica consecuencia de aquellos días) y, para sustituirle, fui yo a la Catorce.

El capitán Paredes me recibió y explicó la operación. Desde el monte donde estábamos podíamos ver, enfrente, nuestro objetivo. Un monte mucho más alto y al parecer bien fortificado. Me mandó que, por mi cuenta, planease cómo y por dónde había de salir al día siguiente, teniendo en cuenta que la Catorce atacaría por la derecha, mientras la Cuarta lo hacía por la izquierda y la Quinta quedaba de reserva. Y que la Catorce la dirigía yo personalmente, pues al carecer de capitán la Cuarta (Rivera había sido destinado a otra Bandera), Paredes dirigiría toda la operación.

Acompañado de Franco reconocí el terreno. Y me pareció lo más práctico iniciar el avance por un barranco que llegaba hasta el pie mismo de “Pierrefundío” por su derecha; así se lo dije al capitán, que me recomendó que no perdiese el enlace con la cuarta y otras consideraciones tácticas.

Dormí poco y mal, consciente de mi responsabilidad. Iba a mandar otra Compañía. Y, además, era la catorce; había de demostrar a Mayoral, su auténtico capitán, que sabría llevar al triunfo su Compañía y que el tiempo que estuve a sus órdenes me había dejado algo más que aquellos malísimos romances.

* * *

A las tres de la tarde del día 14 iniciábamos el avance. Un grupo del 7,7 nos preparaba la cosa como siempre. Concentré la Compañía en la entrada del barranco y tomé su mando.

Como el capitán Paredes me había mandado muy especialmente que no perdiese el contacto con la cuarta, desplegué a la gente más a la izquierda del barranco, lo que nos valió descubrirnos y que nos hicieran un vivísimo fuego, pero salimos adelante. Tenía magníficos sargentos: Cacheiro, Santiago y el pequeño portugués Goubea, cabo todavía, pero que aquel día ascendió por las dotes poco comunes que demostró al conducir el pelotón que le confié. Como quería ganarse los galones me pidió la misión más delicada y se la di, enviándolo por el barranco adelante para descubrir las primeras fortificaciones del enemigo.

Mientras tanto, el avance era lento y sufrimos bastantes bajas ante el fuego graneado de los rojos, que no se arredaban por la artillería. Lo que no conseguí por más esfuerzos que hice, fue enlazar con la Cuarta, pues ésta encontraba más resistencia que nosotros y no se había mo-

vido de su punto de partida. Un enlace que me llegó me dio la malísima noticia de que el capitán Paredes había muerto a los primeros tiros; tenía ahora más responsabilidad, pero una mayor libertad de acción.

Y decidí (corazonadas que se tienen) irme adelante sin contar con nadie. A voces y con enlaces (entre los cuales estaba García, el de la sexta, que quiso acompañarme y Franco, aquel día se ganó buenos laureles), llamé a la gente y, por el barranco adelante, nos fuimos en busca de Goubea. Era una aventura peligrosa, porque íbamos, como se dice vulgarmente, “al garete”, pero era lo más derecho a mi juicio.

Así fué que, sin saber cómo, nos encontramos a cincuenta metros de los parapetos rojos, en una zona donde silbaban sin cesar los metrallazos de nuestra propia artillería. Y reventaban los bombazos de los rojos, bien parapetados.

Pero estábamos mal colocados. Protegidos sólo por un repliegue del terreno y expuestos a que los rojos, sabiendo su superioridad (eran unos cuarenta hombres los que tenía la Catorce en aquel momento), vinieran “a por nosotros”, en cuyo caso, no sólo no tomaríamos la posición, sino que nos coparían a todos.

En este forcejeo me llegó un aviso de Goubea (que se había parapetado a la salida del barranco) de que una compañía roja subía hacia él, amenazando con envolvernos. ¡Y de la cuarta Compañía no tenía la menor noticia! Mandé llamar a Goubea y, como le vi dispuesto a hacer todo lo que se le ordenase, que quería ganar el ascenso, le expliqué que nuestra única solución era esperar el contraataque en los parapetos, para lo cual había que desalojarlos antes. Me entendió y salió en vanguardia con su pelotón; y hacia arriba fuimos todos; yo con Goubea y los suyos (y Franco, no lo olvidéis), por la derecha; casi por la retaguardia roja.

Así cazamos a tres “bisinios” en el primer parapeto; y ya de uno en otro, fuimos saltando rápidamente. Aquel ataque de flanco desconcertó al enemigo, y con mucha pena, es cierto (a juzgar por su tiroteo), fueron cediéndonos los parapetos, uno a uno.

Yo estaba maravillado de mis dotes de estratega aficionado. Pero como no veo tres en un burro, tenía que seguir las indicaciones de Franco.

— “¡Se acache, mi alférez, que le está apuntando uno...!”

¡Y no apuntaba mal! Que un tiro se me llevó la estrella del gorro. En un parapeto más grande ya, encontramos dos rojos; uno de ellos, herido, estaba tumbado en el suelo. El otro, un hombrón de cuarenta años, nos miraba aterrado brazos en alto.

— “¿Tu serás obligado, eh...?” — le dije irónico.

Y aun tuvo el valor para mentir.

— “De la quinta del treinta y seis soy, sí señor. Quería pasarme...”

Y me colocó la eterna monserga de lo mal que se está con los rojos; y que sólo se defienten (muchos tiros había tirado él para ser de una quinta tan joven) ante la amenaza de los comisarios rusos.

A mis pies yacían gorras de los oficiales rojos, que habían huido cobardemente. Pero tenía algo más importante que hacer. Desde aquel monte vi que habíamos conquistado el objetivo de mi Compañía; pero, faldeando hacia el otro lado, se extendía todavía una línea de fortificaciones intactas. Allí lejos, lejos, estaba la Cuarta esperando el momento de lanzarse.

La noche se estaba echando encima y nuestra situación no era aun muy despejada. Envié corriendo un enlace a nuestro punto de salida.

— “Que suba la Quinta que somos muy pocos...”

Quise que el recado lo llevase Franco pero no hubo fuerza humana que lo separase de la chabola del capitán rojo, donde se apoderaba de un verdadero tesoro de botas, impermeables, capotes, máquinas de afeitar, papel de escribir; qué sé yo...

Y entonces tuve otra idea (estaba inspirado ese día) y, reuniendo a la gente, comenzamos a cantar el himno de la Legión, para que nos oyesen la cuarta.

¡Ya lo creo que lo oyeron! ¡Y los rojos también! En la semipenumbra del atardecer sonaron tiros, bombas y gritos. Un cuarto de hora después “Pierrefundió” era español.

* * *

Juanito Villarreal llegó enseguida para auxiliar a los tres o cuatro heridos, no evacuados, de nuestra parte. Y, de paso, me pisó una magnífica “Star” del 9 que el torpe de Franco no había visto aún. Llegó Coloma con la Quinta y, ante mi asombro, me felicitó con un calor que me hizo sentirme ruboroso. El menudo San Simón, que con él venía, me estrechó la mano dándome la enhorabuena; era el parabién más valioso para mí en aquel momento, porque San Simón es de lo mejorcito de la Bandera.

Dejamos a la Quinta de servicio, por si acaso contraatacaban, y nosotros dormimos más abajo. A la mañana siguiente vino el comandante Frutos y, después de felicitarnos y transmitirnos las felicitaciones “para la catorce” de propio general Urrutia, me confirmó el mando de la Compañía, haciéndome saber que me lo había gana-

do y por eso me lo daba, aun habiendo otros subalternos más antiguos y de más graduación.

Es el orgullo más grande que he sentido en mi vida. Y, durante aquellas noches que pasamos allí, soñé con mi satisfacción. Creo, capitán Mayoral, que no lo hice mal de todo aquella ocasión en que dirigí (porque tú no podías hacerlo) tu catorce; “la gloriosa catorce Compañía”.

* * *

Luego estuvimos tres o cuatro días en Abena, descansando. Abena es un pueblo égloga, colgado en un picacho, con las calles estrechas y mal empedradas. Un pueblo donde todavía se cultiva el lino, que lavan los hombres y que tejen las mujeres.

Nos aburrimos mucho. El maestro armero, a pesar de que ya no era mi subordinado (pertenece a la sexta Compañía), no se separaba de mí; y nos instalamos la casa del maestro de la escuela de Abena, donde había una buena chimenea. También había un riachuelo donde pudimos lavarnos un poco los picotazos de tantos piojos, cogidos en las tres provincias de Aragón.

Yo estaba de mal humor, porque mi naturaleza no resistía aquel incesante batallar y tenía algo de fiebre; pero Franco me hizo más llevaderas mis molestias con su solicitud. Y aquella cocina, bien arropado y en la camilla que para mí armó el “Pastor” (legionario de diecisiete años, magnífico soldado y camillero, que ha pasado por esta historia calladamente y merece una mención, aunque tardía), me resistí a darme de baja.

Una mañana, en que el sol calentó más que de costumbre, instalamos una peluquería al aire libre. “Regalitos”, el enlace, actuaba de barbero ocasional, a falta de fígaro más caracterizado.

Puedo dar fe, por mi propio cutis, de Dios no le ha llamado a tal oficio. Pero como la necesidad apremiaba, todos fuimos dejándonos pelar por sus pecadoras manos.

El último que cayó en sus garras fué Frutos. “Regalitos”, tembloroso, se esmeraba cuanto pudo; pero aun así, el comandante sudaba y se retorció en la silla, dejando escapar lágrimas de dolor.

Estaba despellejando los alrededores de su nuez, cuando apareció un soldado, acompañado de un “rogelio”, barbudo si los hay.

— A sus órdenes, mi comandante —dijo— aquí traigo un prisionero.

Y aguardaba, respetuoso, la decisión del jefe, mientras el rojo daba vueltas y más vueltas al gorro seboso y descosido.

El comandante meditó un momento. Aprovechó la ocasión para secarse una lágrima como el puño y, como inspirado por el demonio, dijo:

— ¡Que le afeite “Regalitos”!

Y reía, como el lobo feroz cuando atrapa al imprudente cerdito que toca la flauta.

Al día siguiente salíamos para otra “paridera”.

* * *

Para tomar la ermita de San Pedro, que había que conquistar. Fuimos a Sabiñánigo, donde ya había mucha fuerza. Regulares, Tercio y Batallones.

Por la noche emprendimos la marcha hacia Osán. Por cierto que el comandante Frutos, con su característica de mal y buen humor, fingía armarse un lío con tanto nombre cacofónico.

— “Esto es un follón —decía—. No sé si vamos a Isín, o a Osán, Isún o Asín...”

Llegamos a nuestro punto de partida y pudimos descansar un par de horas.

Antes de clarear emprendimos la operación. Por un barranco bajamos hasta la carretera de Yebra. A su lado corría el río, ancho pero poco caudaloso, a su otra orilla el monte que teníamos que conquistar.

Coloma me dio instrucciones; él iría por delante con su Compañía, como lo hizo cuando aun no se había descornado el velo de la noche. Gracias a esta circunstancia cruzaron el río sin novedad.

Pero cuando, ya de día, el comandante me dio orden de “incorporarme la capitana Coloma”, con mi compañía y una sección de ametralladoras, tenía más miga el paso del río. Tres o cuatro máquinas rusas lo batían, desde posiciones dominantes y a menos de mil metros.

Fué un paso lentísimo, pues hube de hacer cruzar a la gente de uno en uno y saliendo por diferentes lados. Primero los cabos y, tras ellos, los legionarios, iban cruzando el mortífero río. Gracias a Dios sólo tuve dos bajas; dos heridos leves que aguardaron la noche al amparo de unos matorrales.

Cuando me tocó la vez sentí un miedo horrible; tanto como cuando, en Santa Quiteria, me vi en un caso parecido. Pero también llegué sin novedad. Una vez cruzado el Rubicón ya era más fácil la cosa. Pero yo temblaba de fiebre, y creo que pasé sin correr mucho porque no podía hacerlo.

En la otra orilla una había una tapia de piedra, que se extendía lo suficiente para alcanzar un barranco desenfilado. Por él subí, después de cerciorarme de que toda mi gente estaba ya arriba, donde se me había ordenado.

Legué a Coloma hecho cisco. Coloma estaba esperando noticias de Zamora que, con su sección, había ido en vanguardia. No tardó la mala nueva “Ramillete”, el cabo de quien ya hice mención, llegó, roto y desesperado.

— “Lo han muerto, lo han muerto...”

Era lo único que podía decir entre lagrimeos.

¡Pobre Fernando Zamora! Subió sereno y valiente como siempre. Cogió a los rojos por la espalda... y ya iba a coronar su hazaña, con toda naturalidad, cuando una bomba traidora explotó, sobre aquel pecho que jamás supo lo que era el miedo.

Yo no podía más; me dolía todo el cuerpo y temblaba de fiebre. Quise sustituir a Fernando; quise seguir al frente de mis legionarios. Pero mi cuerpo no resistía más. Y se lo dije a Coloma. Me dijo que podía irme.

La bajada tuvo sus inconvenientes, por aquel inaguantable barranco, que bajé poco a poco asistido de mis enlaces, a quienes nunca agradeceré bastante lo que hicieron por mí.

Tras desandar la tapia de piedra, había que cruzar el río de nuevo. Aun estaba el día muy claro y tiraban de firme. Además en aquellos momentos, estaban cruzando la zona peligrosa, de uno en uno, varios voluntarios que se habían ofrecido a llevar munición a sus hermanos de primera línea.

Haciendo un esfuerzo traspasé el río de nuevo, corriendo cuanto pude. En la entrada de la alcantarilla me tendía una mano el Pater. Cuando estaba a punto de alcanzarla resbalé y di con mis pobres huesos en el suelo. La ametralladora que me bordaba tiró una ráfaga más, que levantó esquirlas de piedra, a cuatro dedos de todas las partes vitales de mi persona. Pero el Pater atraía, sin duda, la protección Divina. Y, echando fuera medio cuerpo, me agarró por un brazo y me metió en la alcantarilla.

Ya era tiempo; en la misma boca, por la que yo desaparecía, se clavó una docena de balas rusas.

El capitán Pastor me tomó el pulso y decidió:

— A Zaragoza ahora mismo.

Me extendió la baja y dispuso que se me condujera en una artola a Sabiñánigo. Franco canturreaba, sirviéndome de espolique. En Sabiñánigo estaba el coche de la Bandera; y, acomodado en él, bien envuelto en mantas, comencé el viaje.

Y aquí me tenéis, emborronando estas mal hilvanadas cuartillas, que ya tocan a su fin. Pero permitidme que, como broche de oro, cierre estas páginas con unas estadísticas curiosas.

* * *

Los hechos a que se refieren estas páginas, se desarrollaron desde el 7 de abril al 21 de octubre de 1937, con un total de

198 días.

Que se distribuyeron del siguiente modo:

| | |
|-------|----------------------------|
| 31 | días de descanso "oficial" |
| 37 | días de parapeto. |
| 130 | días "pegando tiros". |
| <hr/> | |
| 198 | días |

* * *

Tuvo la Bandera, en ese espacio de tiempo, las siguientes acciones de guerra "con bajas":

SANTA QUITERIA (primer día).
SANTA QUITERIA (segundo día).
CELADAS (primer día).
CELADAS (segundo día).
SANTA BÁRBARA (conquista).
SANTA BÁRBARA (primer ataque rojo).
SANTA BÁRBARA (segundo íd., íd.).
SANTA BÁRBARA (tercer íd., íd.).
SANTA BÁRBARA (cuarto íd., íd.).
GEA DE ALBARRACÍN (primer día).
GEA DE ALBARRACÍN (segundo día).
Monte CALVARIO (RECONQUISTA).
ALBARRACÍN (primer intento).
ALBARRACÍN (tarde del primera día).
ALBARRACÍN (noche del primer día).
ALBARRACÍN (primer ataque rojo).
ALBARRACÍN (segundo íd., íd.).
ALBARRACÍN (tercer íd., íd.).
ALBARRACÍN (cuarto íd., íd.).
ALBARRACÍN (quinto íd., íd.).
ALBARRACÍN (reconquista de la ciudad).
EL COSCOJAR (conquista).
DESCARRILAMIENTO.
EL PELAO (PRIMER DÍA).
EL PELAO (SEGUNDO DÍA).
FUENTES DE EBRO (NOCHE DEL 24).
FUENTES DE EBRO (DÍA 25).
FUENTES DE EBRO (DÍA 26).
FUENTES DE EBRO (DÍA 27).
FUENTES DE EBRO (DÍA 27; SEGUNDA VEZ).
FUENTES DE EBRO (DÍA 28).
FUENTES DE EBRO (DÍA 29).
FUENTES DE EBRO (DÍA 30).
FUENTES DE EBRO (DÍA 31).

FUENTES DE EBRO (DÍA 2 DE SEPTIEMBRE).
VALDESCALERA (ATAQUE AL "CARNICERO").
PUEYOS DE LARRÉS (RECONQUISTA).
PUEYOS DE LARRÉS (ATAQUE ROJO).
ASÍN (LIBERACIÓN).
CARRETERA DE YEBRA (RECONQUISTA).
ARA (RECONQUISTA DE POSICIONES).
ARA (SEGUNDO DÍA DE ÍDEM).
PEÑA DE OROEL (LIMPIEZA).
PIERREFUNDÍO (INTENTO).
PIERREFUNDÍO (RECONQUISTA).
ERMITA DE SAN PEDRO (DÍA 21 DE OCTUBRE).

O sean 45 acciones "en serio". Sin contar la innumeras veces que la Bandera "asomó los dientes", sin intervenir.

Como la anterior estadística os dio 130 días, obtenemos un promedio de

una "paridera" cada tres días "laborables"

* * *

Y de laureles, sé que se andan en danza varios expedientes. Uno, para conceder a la Bandera la Laureada de San Fernando, por la liberación de Albarracín. Otro para darle al Medalla Militar por aquello del "Pelao". También creo que la defensa de Fuentes puede merecer otra Medalla Militar para todas las fuerzas que intervinieron en ella.

Pero como os dije al principio de estas páginas, a mí me basta con el orgullo de haber pertenecido durante estos meses a tan distinguida colectividad castrense.

Cuando muera yo, en la guerra o de accidente, o simplemente de enfermedad y en una, más o menos, mullida cama. Cuando mi espíritu vuele a lo alto y encuentre a San Pedro (espero encontrarlo), estoy seguro que me preguntará:

— "Tú, ¿dónde hiciste la guerra santa?"

Y le responderé lleno de orgulloso, o de "santo orgullo", por lo menos.

— CON LA SEGUNDA BANDERA EN EL FRENTE DE ARAGÓN.

Zaragoza, 1937

LIBRERÍA GENERAL

Independencia, 8

ZARAGOZA